Intentándolo

Romance Gay y Primera Vez en la Oficina para el Divorciado y el Viudor

MANUEL MORENO

Intentándolo

Romance Gay y Primera Vez en la Oficina para el Divorciado y el Vividor

Por Manuel Moreno

© Manuel Moreno 2017.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Manuel Moreno.

Primera Edición.

Dedicado a Andreu y Paco,
por estar siempre ahí pese al paso del tiempo.

Haz click aquí

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

Prólogo

Al igual que con los imanes se dice que las mismas reglas aplican para los hombres. En ese sentido: los opuestos se atraen.

Pablo siempre consigue lo que quiere. Vive acostumbrado a un exceso de alcohol, tabaco, mujeres y hombres. ¿Para qué elegir un sexo cuando podía tenerlos a los dos? Y sin embargo, de día es el trabajador perfecto en la oficina. Educado, formal, responsable… nada que ver con su vida privada.

Lucas, en cambio, llevaba una vida diametralmente opuesta. Casado por tres años con una mujer, aunque los últimos dos años se convirtieron en un infierno matrimonial hasta que finalmente acaba por divorciarse, cambiar de ciudad y comenzar a trabajar en una oficina. Sólo quería dejarlo todo atrás y empezar de cero… y entonces Pablo se lo puso en bandeja de plata.

Pablo había estado con muchos, mucho hombres. Lucas con ninguno. Y aún así, tras la resistencia inicial, cedió. Su cuerpo deseaba lo contrario a lo que su mente le decía. Pero, ¿y si quería ir a más? Pablo no estaba acostumbrado a tener relaciones, pero en aquella ocasión, ¿y si simplemente lo intentaba?

Capítulo 1

Nadie nos advierte que el dolor y el placer pueden llegar a confundirse hasta el punto de no saber distinguir donde comienza uno o cuando acaba el otro. A veces el placer o el dolor nos poseen de tal forma que se nos olvida respirar.

En ese sentido, cuando sufrimos una pérdida irreparable o un revés de fortuna en nuestra contra también olvidamos como seguir viviendo. Lo mismo ocurre con la extrema felicidad: nos envuelve de tal manera que cuando se nos priva de ella sentimos que el mundo se acaba. La prueba definitiva es descubrir es que no queda sino a aprender como continuar viviendo después de la dicha o luego del sufrimiento.

Lucas despertó sobresaltado y miró a su alrededor con una expresión nerviosa en su mirada. Seguía dentro de su coche y sofocado por la sensación de que no entraba el aire, a pesar de que había dejado una abertura en la ventana. La noche anterior decidió detenerse y no seguir manejando al sentir que los párpados se le cerraban bajo los efectos del sueño.

Por lo tanto, se estacionó en las inmediaciones de la carretera lejos de la calle destinada para el tránsito de vehículos, justo al lado del estacionamiento de un hotel. No consideró oportuno hospedarse ya que después del divorcio era mejor ahorrarse tantos gastos como fueran posibles, especialmente hasta no llegar a la ciudad donde trataría de conseguir nuevo empleo, del cual debía esperar al menos dos semanas antes de recibir su primera paga.

Por más que intentaba no pensar en el divorcio ni en su exesposa, era inevitable porque todo lo que hacía se lo recordaba. Fue su primer pensamiento al despertarse y mientras bajaba las ventanas de su coche para respirar mejor, enseguida maldijo su suerte. Odiaba su vida en ese momento y tenía mucho miedo por lo que le deparaba el incierto futuro. Su esposa se había quedado con la casa y a duras penas logró conservar el coche.

Los abogados lo desangraron hasta dejarlo sin fondos en sus cuentas y su única opción fue regresar a la casa de su padre, actualmente deshabitada, para ocuparla y vivir en ella. Había contactado a una empresa local que estaba dispuesta a hacerle una entrevista y estimaba que su hoja curricular tenía méritos suficientes para que lo aceptaran. Confiaba en que lo emplearan para ponerse a trabajar de inmediato, lo cual no le daría tiempo para dejarse llevar por los amargos pensamientos que invadían su mente.

—¿Por qué todo tiene que ser tan difícil? —suspiró Lucas—. Maldita

sea la hora en que te conocí.

Una vez más vinieron a su mente, las imágenes de su esposa pidiéndole el divorcio alegando que había conocido a un nuevo hombre del cual estaba profundamente enamorada, y que estaba dispuesta a atenderla como él nunca lo hizo. Una parte de Lucas soñaba con buscarla a ella y su nueva pareja para confrontarlos, pero nunca se atrevió.

Firmaron el divorcio sin mirarse a los ojos y como no habían tenido hijos que crearan vínculos entre ellos no había ninguna excusa para mantenerse en contacto el uno con el otro. Aún así, Lucas intentó averiguar lo suficiente hasta conseguir descubrir quien era su amante: un compañero de trabajo. Tuvo que contener su ira para no presentarse hasta donde ellos estuvieran y armar una escena. Sin embargo, lo reconsideró con mayor calma.

Una acción como aquella solo le traería graves problemas y hasta una posible denuncia con una orden de alejamiento. Fue entonces cuando decidió abandonar la ciudad, renunciar a su antiguo trabajo y decidirse a buscar una nueva vida lejos de los recuerdos que le remitieran a una existencia basada en lo que ahora se le representaba como una farsa.

A Lucas le resonó el estómago, como un claro indicativo de que su cuerpo le recordaba que la noche anterior apenas había comido la mitad de un sandwich. Se volteó para buscar la otra mitad que arrojó a un lado de la parte trasera del coche y se lo comió con avidez dando apenas tres mordiscos. Quedó con hambre y se sintió tentado de bajarse para ir al restaurante del hotel cercano, pero nuevamente pensó en los pocos fondos que quedaban en sus cuentas.

Lo mejor era aguantarse el hambre y comer algo cuando llegara al pueblo de sus padres. Seguramente allí encontraría lugares donde podría comer sin tener que gastar tanto dinero. En ese instante imaginó que su esposa estaría preparándole el desayuno a su amante y se le retorció el estómago ya no de hambre sino también de ira.

Todo el dinero que su esposa le había quitado producto de la venta del apartamento con el cual se quedó ahora lo estaría disfrutando junto a su novio, con el cual probablemente se casaría próximamente sin sentir un mínimo de vergüenza.

—Los odio —resopló Lucas encendiendo el coche para darle marcha y seguir con su recorrido—. Mientras más me aleje de ellos, mayores serán mis probabilidades de ser feliz.

* * * *

Pablo no tiene ánimos para volver al trabajo por el resto de la tarde. Ha ido hasta su casa para almorzar, pero ahora se halla invadido por una sensación de aburrimiento y repulsión ante la idea de regresar al ambiente opresivo de la oficina.

Ya ha acumulado varias faltas a lo largo del mes, así que no debería arriesgarse a ausentarse una vez más sin una justificación. Al menos deberá falsificar un récipe médico si quiere alegar que ha contraído una gripe, pero en la mañana se presentó sin demostrar que presentara los síntomas que acusaran un progresivo malestar.

¿Y si fingía que había tenido un ligero accidente al salir de su casa? Con ello podría alegar que fue al hospital para descartar cualquier fractura o daño en su cuerpo producto del accidente.

Si llegada la ocasión le pedían un comprobante de esa visita médica la conseguiría por parte de un médico con el cual solía acostarse un par de años atrás pero con el cual siguió manteniendo una buena amistad, aunque no continuaron con las escapadas desde que se casó. Sin embargo, este le haría el favor si se lo pedía.

De esta manera, Pablo resolvió que se tomaría el resto de la tarde libre. Ahora era imprescindible buscar un pasatiempo para llenar su tarde. Desde hace un par de semanas estuvo hablando asiduamente con una chica con la cual todavía no se había acostado, pero ese día tenía ánimos de algo mucho más extremo.

A Pablo le agradaba el sexo heterosexual con otra mujer, pero le parecía eso: un pasatiempo agradable y por lo general inofensivo circunscrito a varios códigos de cortejo que se le antojaban largos y aburridos. Era muy difícil conseguir una mujer con la cual simplemente tener sexo sin antes invertir un gran tiempo para seducirla.

Además nunca les mentía a las mujeres por las cuales se sentía atraído, y les confesaba que le gustaba experimentar sexualmente con otros hombres. Algunas se alejaban de inmediato, mientras a otras les excitaba la idea y habían algunas pocas dispuestas a tener un trío.

Dadas las circunstancias, Pablo no le escribió a la mujer con la cual texteaba para encontrarse. No, aquella tarde no quería tener nada que ver con ese tipo de sexo que por lo general le resultaba aburrido y predecible. Prefería buscar algo mucho más excitante y extremo, la clase de experiencia sexual que solo un hombre podría conseguir de otro hombre.

A Pablo le creció una erección bajo el pantalón ante la idea de buscar un hombre con el cual tener una experiencia íntima. Su cuerpo lo necesitaba y nunca le negaba al cuerpo nada de lo que pedía, ya fuera sexo, comida o entrenamiento físico.

Aunque se identificaba como un hombre bisexual, a él no le quedaba duda de que prefería la compañía de los hombres. Cuando otro semental semejante a él compartía una misma cama eran tantas las posibilidades para satisfacerse mutuamente, sin que nunca alguna de las partes quedara insatisfecha. Por eso le apetecía tanto y prácticamente en cualquier momento el sexo con otros hombres.

Proporcionalmente a su deseo, Pablo no había conseguido establecer una relación duradera con ningún hombre. El mayor compromiso que pudo adquirir era cierta frecuencia sexual con hombres por los cuales se sentía lo suficientemente atraído para no contentarse con una exclusiva noche pasajera.

Sin embargo, cuando se trataba de forjar un vínculo sentimental, generalmente cuando el otro implicado abrigaba deseos de fortalecer la relación y no concentrarse exclusivamente en el apartado sexual, Pablo fracasaba en corresponder en igual medida las exigencias que traían consigo esos sentimientos.

Pablo siempre estaba dispuesto para el buen sexo, pero no para posteriores compromisos. Eso no significaba que careciera de aficiones por lo romántico. Todo lo contrario. Pablo era un seductor innato y parte de su encanto radicaba en que realmente se involucraba con las personas con las cuales lograba una conexión superior a la atracción física.

Irónicamente a Pablo le excitaba aún más cuando un hombre no solo lo deseaba, sino cuando también quería continuar a su lado después del sexo. Por lo tanto, cuando esto sucedía alimentaba estas esperanzas para seguir disfrutando una forma elevada de intimidad. Mientras mayor era la conexión, crecía también la disposición a experimentar cosas nuevas y atreverse a ir más lejos. A Pablo le encantaba tener dominio y ver como alguien demostraba su sujeción a él, especialmente si se trataba de un hombre.

Hace tiempo que no le sucedía algo parecido a esto con un hombre. La última vez que se involucró durante un periodo largo de tiempo con un mismo hombre fue tres meses atrás y el sujeto en cuestión amenazó con suicidarse si Pablo no le decía que lo amaba; lo cual no hizo. El hombre no se mató pero cortó cualquier conexión con él e incluso se mudó. A Pablo esto le pareció un gesto absurdo: ¿Qué sentido tenía abandonar tu vida solo por huir de alguien?

En ese momento Pablo no añoraba este tipo de intensidades. Se conformaba con una aventura de una sola noche con la cual pudiera desahogar sus instintos más básicos con algún tipejo atractivo al cual no tuviera que ver luego.

Con esta firme intención sacó su móvil y luego de enviar un mensaje a un compañero de trabajo para que notificara su ausencia debido a un "accidente", sin ofrecer mayores detalles, procedió a abrir su cuenta de Grindr para buscar un potencial buen candidato con el cual pudiera follar. Su perfil no tenía foto, porque con esto evitaba que un montón de hombres que no le interesaban lo asediaran con mensajes que no conseguirían ningún efecto.

Al tratarse de un hombre muy atractivo, lo mejor para Pablo era no mostrarse abiertamente y en cambio elegir a quien hablarle entre quienes atrajeran su interés, y solo a este candidato selecto le enviaba no solo la imagen de su rostro sino unas cuantas fotos candentes que reducían el porcentaje de recibir una negativa.

Asiduo conocedor del modus operandi para ligar por aplicaciones en línea, abrió su cuenta para verificar quien se encontraba conectado cerca de donde vivía. Observó los perfiles a su alrededor y halló unas cuantas caras conocidas con los cuales ya tuvo sexo en el pasado. Pablo se cercioró de bloquearlos inmediatamente antes de que le hablaran.

Necesitaba carne fresca, así que revisó atentamente aquellos perfiles de personas nuevas y evaluó cuál era el mejor candidato para invitarlo a su casa para una tremenda follada. A dos y tres kilómetros de donde se encontraba respectivamente le llamaron los perfiles de dos hombres jóvenes. Uno era moreno y el otro pelirrojo. No se decidía con cual le gustaría estar, así que procedió a conversar con los dos del mejor modo que tenía para abrir una conversación: una foto en primer plano de su polla erecta.

Las respuestas no se hicieron esperar. Ambos hombres reaccionaron alabando el tamaño de su pene y admirando su apariencia, asegurando que les provocaría tenerla entre sus manos así como también dentro de sus bocas.

Cuando les mandó luego fotos de su rostro y su cuerpo le rogaron que follaran con ellos, asegurando que llegarían hasta él dondequiera que estuviera. Tras comprobar que la disponibilidad de cada uno de ellos era inmediata y evaluar las respectivas fotos de ellos que le mandaron. Le correspondía su turno de decidir finalmente con cual se quedaría para pasar el resto de la tarde.

Pablo comparó los desnudos de los dos candidatos. Poseían nalgas

bien proporcionadas en relación con sus tamaños. El chico pelirrojo era más atlético, pero el chico moreno se veía mucho más alto. Al pelirrojo quería penetrarlo sin consideraciones, mientras los labios gruesos del chico moreno te hacían desear recibir una mamada de sus labios expertos.

Ambos lucían atractivos y apetitosos, pero al mismo tiempo le costaba elegir alguno ya que las diferencias de ambos creaban un contraste interesante. Los deseaba por igual y su erección alcanzaba el paroxismo cuando se imaginaba estando con ellos simultáneamente.

Pablo consideró una nueva opción y se relamió los labios. ¿Por qué debía decidirse por alguno? ¿Por qué no dejar que ambos se aproximaran hasta su casa? Para evitar cualquier negativa no les advertiría sino hasta que ya fuera demasiado tarde. Una vez allí el deseo no los haría retroceder. Después de todo, un trío era siempre una buena idea aunque nunca sea la primera alternativa.

Capítulo 2

Sentirse ajeno era una sensación insoportable. No solo se trataba del hecho de reencontrarse con un hogar al cual hace años no visitaba, hasta el punto que la palabra “hogar” resultaba impropia para identificarse dentro de ese nuevo contexto.

Lucas recorría con asombro la casa de su infancia y con el ceño fruncido evidenciaba el profundo deterioro al cual estaba inmerso el lugar desde la última vez que lo visitara, hace diez años cuando murió su padre. Para ese momento su madre ya había muerto mucho antes y su padre siguió viviendo en el lugar hasta que sufrió un paro respiratorio.

Durante el tiempo que no visitó aquel lugar nunca pensó mucho en aquella propiedad. Prefirió no venderla porque en ella se albergaban muchos recuerdos y no creía que fuera mucho el dinero que conseguiría por ella. Tampoco quiso alquilarla para ahorrarse el esfuerzo de buscar a un inquilino que la ocupara y con ello realizar todos los trámites necesarios para establecer un contrato medianamente rentable.

Por una razón u otra, y porque su vida matrimonial parecía sólida, Lucas se olvidó de la casa familiar y no reservó ningún destino nuevo para ella hasta que se convirtió en su única tabla de salvación a la cual recurrir después del divorcio.

La fachada exterior no presentaba un mal aspecto, pero por dentro el polvo y la humedad acentuados por la falta de mantenimiento creaban un ambiente incómodo que solo conseguía que un hombre divorciado y próximo a la mediana edad, como lo era Lucas, se deprimiera más de lo que estaba.

El problema no era la inversión de esfuerzo requerido para hacer de aquella casa el hogar confortable que alguna vez fue, si no el dinero con el cual necesitaría contar para comenzar esos arreglos. Resignado supo que no podía hacer otra cosa distinta a esperar que comenzara a trabajar. Su entrevista estaba pautada para el día siguiente y le convenía tomarse un descanso reparador para dar su mejor impresión.

Pero, ¿cómo dar la mejor impresión a un extraño justo cuando te encuentras viviendo tu peor momento? A pesar de todo el desánimo y tristeza que lo embargaba, Lucas trataba de concentrarse en los motivos por los cuales era imprescindible no arruinar aquella entrevista. Controlar las riendas de su nueva vida dependía de que tan rápido consiguiera un trabajo.

Su mayor preocupación era el dinero, pero mientras más intentaba

enfocarse en dicho problema su mente viraba enseguida hacia los recuerdos de su pasado y con ello la imagen de su ex esposa. ¡La odiaba tanto! Pero al mismo tiempo no había dejado de amarla. Por encima de su crisis financiera y al margen de la rabia que lo embargaba, le dolía principalmente no tenerla a su lado, no poder hablarle y el hecho de que sus sentimientos por ella ya no fueran correspondidos.

Si bien las peleas entre ellos eran constantes, Lucas creía que habían compartido suficientes momentos de felicidad como para no renunciar a la relación que habían construido. No obstante su esposa no pareció pensar lo mismo, al menos durante los últimos cinco meses en que salió con su compañero de trabajo siendo esto algo más que una aventura pasajera ya que no dudó por un instante a la hora de confesárselo y con ello pedirle el divorcio.

Una punzada de dolor golpeaba su pecho cada vez que recordaba esa petición. Y ahora que había sucedido e incluso estaba lejos de ella seguía pareciéndole una pesadilla de la cual despertaría para descubrir aliviado que seguía casado con su esposa y viviendo a su lado en el hogar que habían compartido durante tres años.

Pero no, debía aceptar que esa era la única realidad. No despertaría alborozado por descubrir que los últimos meses infernales tan solo fueron un mal sueño. Estaba solo y no existían escapes o fantasías que contradijeran esa sólida realidad que fundamentaba su presente.

Ante un panorama desesperanzador como ese, mientras más rápido tomara las riendas de esa realidad y aceptara el cambio como una nueva forma de reconocerse a sí mismo, con mayor rapidez se sobrepondría al dolor y alcanzaría transitar una nueva dirección que quizá lo condujera a una felicidad que actualmente le parecía tan lejana como desconocida, por no decir imposible.

Lucas miró a su alrededor y para distraer su mente se dispuso a hacer un balance mental de las actividades que debería hacer en los sucesivos días para acomodar y recuperar su nuevo viejo hogar.

El primer vistazo resultaba desalentador porque era mucho lo que debía hacerse y tan poco el dinero con el que se contaba para hacer todos los arreglos o reparaciones necesarios, que iban desde pintar las paredes hasta contratar a un profesional para que hiciera una debida inspección al sistema de tuberías y arreglara las fallas que impedían que saliera agua caliente.

En cada rincón donde posaba su mirada se le presentaba la evidencia de otros desperfectos que debían solucionarse y por lo tanto cada nuevo problema se traducía en un gasto financiero que representaba

prácticamente un lujo que estaba en facultad de cubrir. De tal modo que la intención de distraer su mente no hallaba una alternativa adecuada en esta inspección.

Al concentrarse en el presente inmediato, conseguía no pensar tanto en su sufrimiento por la ausencia de su exesposa y la añoranza por su antigua vida, pero a cambio de ello las tribulaciones cotidianas lo atacaban con el peso de su inminencia y la demanda de conseguir una solución inmediata para ellas, lo cual se traducía en el recordatorio de que necesitaba conseguir un empleo para tener dinero. Aún conservaba algunos ahorros pero estos no eran suficientes para sobrevivir otros dos meses, incluso a pesar de muchas precauciones y privaciones.

Todas sus esperanzas estaban puestas en la entrevista de trabajo a efectuarse el día siguiente, y por esa misma razón se sentía presionado ante la idea de no fallar. Se exigía a sí mismo que debía tener un encuentro exitoso gracias al cual pudiera comenzar a trabajar tan pronto como fuera posible.

Pero esto no dependía enteramente de él, por muy interesante que fuera su hoja de vida o a pesar de la buena impresión que diera al entrevistador encargado de evaluarlo. No existía una formula matemática para calificar con éxito en un trabajo y aunque Lucas fuera consciente de que no debía preocuparse por aquellos factores que escapaban a su control, esa misma inertidumbre alimentaba su nerviosismo.

—No puedo seguir así —expresó Lucas sacudiéndose la cabeza—. Si me quedo un minuto más dentro de este apartamento me volveré loco. Necesito salir de aquí.

Profundamente agitado, Lucas salió fuera de su casa y exhaló con fuerza con la mirada puesta en el cielo. El sol comenzaba a descender como preludio al atardecer.

Al menos el paisaje ofrecía una vista grandiosa, que lo calmó por un instante hasta que nuevamente lo invadieron los familiares temores que engendraban sus inevitables preocupaciones. Lucas pensó que quizá sería buena idea conducir un buen rato su coche por las calles, sin ponerse un rumbo fijo.

La resolución le pareció adecuada y cinco minutos más tarde se encontraba manejando a sus anchas por una amplia calle donde el tráfico era ligero. Con los vidrios bajos el aire soplaba en su cara y esto le otorgaba una frágil sensación de libertad. Miró a su alrededor y descubrió que todo parecía nuevo, aunque en el pasado aquellas mismas calles fueran recorridas con frecuencia.

El lugar había cambiado mucho y existían numerosas novedades que esperaban ser descubiertas por el hijo prodigo que regresaba. Una de estas novedades llamó particularmente su atención porque era un bar rústico, el cual le pareció una parada particularmente atractiva al percatarse de que su garganta reaccionó enseguida haciéndole descubrir que se sentía sediento.

Se detuvo y observó el establecimiento a distancia, desde la acera, sopesando mentalmente si le convenía bajarse o no. Revisó su billetera y comprobó con júbilo que contaba con suficiente efectivo para al menos comprarse una cerveza.

—¡Vamos anímate! —se dijo a sí mismo con la mirada puesta en el bar —. Una cerveza no te hará daño.

Sin embargo, su parte más racional trataba de convencerlo de lo inapropiado que era introducirse en un bar en las vísperas de una entrevista de trabajo, por no hablar del gasto imprudente que representaba invertir dinero en ello.

Por supuesto, aunque alegara que solo podría comprar una cerveza debido a la cantidad de dinero que llevaba, una vez dentro existiría la tentación de gastar más dinero haciendo uso de sus tarjetas electrónicas. Pero Lucas tomó una medida intermedia y tras apagar su coche, resuelto a beberse esa cerveza, solo extrajo el efectivo de su billetera la cual guardó bajo llave en un compartimiento.

—¡Será una sola cerveza! —prometió nuevamente—. Y estaré a tiempo en casa para dormirme sin desvelarme.

Convencido de que no faltaría a su promesa entró al bar y le resultó pintoresco. Hombres y mujeres, generalmente jóvenes, flirteaban entre ellos indiferentes a quien entrara. Lucas se refugió enseguida hacia la barra en un rincón apartado, avergonzado al notar que superaba en edad a la mayoría de los presentes.

Su primer pensamiento fue que debía irse y buscar un bar más apropiado, frecuentado por adultos. Por supuesto, estar a dos años de cumplir cuarenta no significaba estar viejo pero aquel era un bar para encuentros entre solteros y no para que un pobre hombre divorciado como él se lamentara ante la única cerveza que su presupuesto y su buen juicio debían permitirse.

A pesar de eso, resolvió continuar su camino hasta la barra y sentarse. Si retrocedía nuevamente hasta su coche no buscaría otro bar, sino que volvería a su casa sin haber aplacado su sed. Se repitió a sí mismo que no había nada malo en tomarse una cerveza, así como tampoco en el hecho de estar solo.

Estaba rodeado de desconocidos cuyas opiniones no tendría porque

importarles. Y aunque si le importaran, eran mayores las probabilidades de que nadie se enfocara mucho en su presencia mientras efectuaban sus ritos de cortejo para socializar y conseguir una potencial pareja con la cual pasar la noche.

Amparado por este manto de invisibilidad que le otorgaba su patetismo de divorciado venido a menos, Lucas se rió de sí mismo ante la barra y le pidió al barman una cerveza que tardó en traerle pero enseguida su espera obtuvo la recompensa que necesitaba: un vaso de cerveza espumosa y fría.

Antes de probarla puso sus manos en torno al vaso para comprobar su gélida textura. El paladar se avivó ante ese roce y le dio el primer sorbo. Fue tal su goce que había cerrado los ojos al hacerlo y cuando puso la cerveza nuevamente en la barra, descubrió que estaba siendo observado por un hombre cuya sonrisa lo hizo sentir avergonzado.

—Siempre he pensado que las cervezas de este bar son exquisitas —le habló el hombre—. Pero nunca había visto a nadie que las disfrutara tanto como usted.

—Debo lucir estúpido —se disculpó Lucas—. Pero hace mucho que no me bajaba a un bar para tomar una cerveza. Supongo que así deben sentirse los niños cuando descubren un nuevo parque de diversiones.

—Nunca pidas disculpa por una sonrisa —aseguró con desenfado el hombre sin dejar de sonreírle—. ¿Pero por qué tanto tiempo sin entrar a un bar? ¿Acaso hiciste una promesa de no beber? Aunque generalmente quienes hacen ese tipo de juramentos no lucen tan felices a la hora de quebrantarlos.

Su mirada era fija y Lucas no era capaz de sostenerla por mucho tiempo. Prefería hablarle mirando en otra dirección. Nunca había negado cuando un hombre le parecía atractivo, pero cuando se trataba de alguno que lo era excesivamente por alguna extraña razón que conseguía explicar su reacción inmediata era sentirse nervioso.

Este hombre que a su lado lo miraba y le sonreía era bastante atractivo. De piel bronceada y con una barba impecablemente afeitada en forma de candado, lucía una camisa manga larga gracias a la cual se destacaban unos bíceps prominentes. A su lado seguramente parecería un pobre tipejo desaliñado y demacrado.

¿Por qué siquiera se molestaba en hablarle? Seguramente habrían personas más interesantes con las cuales conversar, por no hablar de las muchas mujeres solteras y atractivas que allí entraban para buscar un buen partido.

A Lucas le incomodaba conseguir este tipo de atención por parte de un desconocido. ¿Qué tan borracho debía estar como para animarse a

conversar con un hombre solitario al fondo de la barra que sonreía solo porque estaba tomándose una cerveza fría?

—No, no hice ninguna promesa —respondió Lucas con cierta hostilidad y la mirada fija en el vaso—. Simplemente no lo he hecho. No he tenido tiempo, supongo.

—Ya veo —dijo el hombre intrigado aunque sin desanimarse a dar por terminada la conversación pese a la sequedad en el tono de su respuesta—. Supongo que debes ser alguien muy ocupado con su trabajo.

—No realmente —respondió Lucas con una mirada triste puesta sobre el contenido a medio terminar de su cerveza—. Pero es una larga historia.

—Para eso también existen los bares —señaló el hombre—. Para contarles nuestras historias a un desconocido.

—No parece que sea este tipo de bar —apuntó Lucas señalando las parejas que coqueteaban a su alrededor—. Pero fue el primero que encontré. Usted no parece el tipo de hombre que se detiene a escuchar las historias de un desconocido.

—Interesante observación —destacó el hombre—. ¿Qué clase de hombre cree que soy cuando estoy en un bar?

—Así como todos ellos —afirmó Lucas—. De los que buscan una presa. Pero debe ser un mal día para cazar o intenta pasar el tiempo mientras espera a alguien. De otro modo no veo porque pierde su tiempo conmigo.

—Eres perspicaz —acordó el hombre—. Pero quizá se equivoca. Me gusta beber en este bar. Cuando quiero cazar, tal como usted dice, busco otros lugares. Este no me parece apropiado para ello, no según mis propias apetencias. Aunque no niego que a veces encuentro alguna presa que llama mi atención.

—Supongo que hoy no ha sido ese día —apuntó Lucas—. Pero lamento si he sido rudo al hablarle. Últimamente me cuesta relacionarme con las personas.

—No te preocupes —respondió el hombre—. Yo he sido el imprudente. Al menos déjame presentarme, mi nombre es Pablo.

Tras presentarse, Pablo extendió su mano y titubeante Lucas la estrechó aunque sin mirarlo directamente a los ojos.

—Lucas por aquí —se presentó—. Y sí este bar parece un buen lugar para simplemente sentarse a beber.

—Ahora siento curiosidad —declaró Pablo tras unos segundos de

silencio—. No tienes porque responderme, pero aprovecho de hacerte la misma pregunta que me hiciste: ¿Qué clase de hombre eres cuando entras a un bar como este? ¿Solo vienes a beber?

—Como dije antes, hace mucho tiempo que no voy a un bar —subrayó Lucas—. Actualmente soy un hombre desempleado que luego de divorciarse de una esposa infiel y prácticamente en la quiebra ha regresado a la casa donde viví mi infancia porque es el único hogar que me queda. Esa es la clase de hombre que soy cuando entro a un bar como este.

—¡Vaya! —exclamó Pablo—. Sin duda tienes una historia importante por desahogar. Puedo escucharte si así lo quieres.

—No hace falta —se excusó Lucas—. Cuando me termine esta cerveza vuelvo a mi casa. Mañana tengo una entrevista de trabajo y además esta es la única que puedo permitirme.

—Puedo invitarte otra —terció Lucas—. Te ves abatido, amigo. Una segunda cerveza te caería bien.

Lo cierto era que aquel hombre era carismático y al hablarte te sentías en confianza. Su verbo era envolvente y encantador. Aunque se sentía nervioso por su mirada, Lucas realmente deseaba tomarse otra cerveza.

—Acepto la oferta de otra cerveza—afirmó Lucas—. Pero no te sientas obligado a escucharme por ello. En realidad preferiría no hablar sobre eso, aunque si agradezco poder hablar con alguien.

—Entonces hablemos —celebró Pablo—. Y brindemos por aquellos bares donde dos desconocidos pueden hablar para olvidar sus problemas.

—Entonces, ¿tú también tienes problemas que quieres olvidar? —preguntó Lucas intrigado por este descubrimiento—. Espero que no sean muy graves.

—Todos tenemos problemas —interpuso Pablo—. Aunque no hay nada que me angustie particularmente esta noche. Me siento a gusto.

Pablo pidió dos cervezas y le dio una a Lucas, quien apenas estaba terminando de beberse la primera.

—Gracias —dijo Lucas—. Creo que es la primera vez que un desconocido me invita a una cerveza. Se siente bien. Supongo que así se sienten las mujeres cuando pagamos por sus tragos.

Pablo rió el chiste y Lucas también lanzó una carcajada.

—Es bueno invertir los roles de vez en cuando —observó Pablo pero esta vez mantuvo su mirada lejos de Lucas—. Una cerveza es siempre

una buena inversión, especialmente si alegra a alguien.

—Pues a mí me contenta —aseveró Lucas—. A mi exesposa la conocí en un bar. Le invité una cerveza y así comenzó todo. ¡Qué idiota soy! No quiero hablar de ella.

—No terminaron en buenos términos, supongo —señaló Pablo—. Aunque no tengo mucha experiencia en ese campo. Nunca me he casado, ni tampoco tengo planes de hacerlo.

—No lo hagas —advirtió Lucas bebiendo el primer sorbo de su segunda cerveza—. Es un gran error. Inviertes años de tu vida en una empresa que luego te deja en bancarrota. En todo caso, la soltería debe sentarte muy bien. Las mujeres deben lloverte.

—Sí, me llueven —afirmó Pablo con una sonrisa pícara—. Pero a veces es aburrido saber de inmediato que existe esa atracción. El misterio es mucho más atractivo y el riesgo que entraña intentar descubrirlo.

En este punto la mirada de Pablo era enigmática, así como su sonrisa indescifrable. Con un gesto confundido Lucas asintió sin comprender realmente a que se estaba refiriendo.

—Los misterios son como las sorpresas —reflexionó Lucas—. Nunca me han gustado mucho las sorpresas. Supongo que tampoco me interesan los misterios. Si algo no es evidente, ¿para qué tomarse tantas molestias para hallar un fondo oculto? El descubrimiento podría ser decepcionante.

—En la mayoría de los casos, sí, es decepcionante —apoyó Pablo—. Pero lo que me gusta del misterio no es tanto la resolución sino el riesgo que se invierte en ellos. Ese tipo de riesgo me hace sentir vivo. Y de eso se trata la seducción: en no saber si tu presa espera tu mordisco.

Lucas asentía sin salir de su desconcierto pero luego no pudo evitar lanzar otra carcajada, como un mecanismo de defensa contra el silencio que se hizo entre ambos.

—Discúlpame —dijo Lucas agitando sus manos—. Eres realmente bueno Pero se te da tan natural hablar de esa manera. Eso debe ser muy seductor para las mujeres, sin lugar a dudas. Yo en cambio siempre he sido muy torpe a la hora de tratarlas. En general soy muy torpe. Por eso soy tan solitario.

—Aún así conseguiste casarte —destacó Pablo—. Tan mal no debe irte.

—Quizá por eso me siento tan afectado —confesó Lucas—. Nunca he sido un tipo particularmente especial, ni brillante, ni atractivo.

Siempre fui muy tímido y me acostumbré a ser invisible, especialmente entre las mujeres. Siempre existía un partido mucho mejor que yo. Así que cuando mi ex se fijó en mí y luego nos casamos fui el hombre más feliz del mundo. Había dado por sentado que me quedaría solo. Ahora debo aprender a aceptar eso nuevamente.

—Te subestimas mucho —dijo Pablo—. No creo que los calificativos que usas para describirte te hagan justicia. No fue la impresión que tuve yo, por ejemplo, al entrar. Miré a mi alrededor toda esta gente y de pronto te descubrí aquí al fondo con esa mirada triste y esa sonrisa de niño sorprendido ante el descubrimiento de una maravilla. Me pareció conmovedor y no pude evitar hablarte. Créeme cuando te digo que muy pocas personas logran llamar mi atención de esa forma.

Esta vez Lucas lo miró a los ojos, sin saber como reaccionar ante sus palabras. Debido al tiempo sin beber, el alcohol comenzaba a producir efectos en su cuerpo, por lo cual le sobrevino un leve mareo.

—Quizá te parecí un misterio —sonrió Lucas atontado por el efecto del alcohol—. Pero ya debes saber que no hay mucho por descubrir. Si me disculpas iré al baño.

—Descuida —correspondió Pablo—. Aquí estaré, esperándote, por si quieres pedir una tercera. Yo la invito.

Lucas prefirió no responder y caminó en dirección al baño, con el deseo acuciante de orinar. Al entrar vio que el urinario estaba roto así que se introdujo dentro de las cabinas. Tras descargar su orina una sensación de alivio recorrió su cuerpo. Escuchó que alguien entró y supuso que estaría esperando que desocupara la cabina, pero al abrirla descubrió que no era otro sino Pablo el que estaba fuera.

—¿También quieres usarlo? —preguntó Lucas—. Ya terminé. No creo que pueda tomarme la tercera. Debería estar en casa. Pero agradezco la que me invitaste.

A pesar de esta despedida, Lucas no se movió del lugar. Pablo no respondió y en su lugar lo miraba pero esta vez su mirada estaba encendida de algo que Lucas identificó enseguida como deseo. Pablo dio un paso al frente y Lucas se vio obligado a retroceder, de tal manera que ambos quedaron dentro de la cabina.

—Creo que te di una impresión errónea —dijo Lucas—. Espero que entiendas que no soy ese tipo de hombre. Déjame salir y no tendremos ningún problema.

Sin embargo, Pablo no hizo caso de su advertencia. Y dio otro paso al frente por lo cual Lucas retrocedió logrando con esto que ambos estuvieran dentro de la cabina y la puerta se cerró tras ellos.

—Nadie es ese tipo de hombre, Lucas —repuso Pablo—. Hasta que descubre la mejor oportunidad para serlo.

Pablo dio otro paso al frente y puso una mano bajo el pantalón de Lucas, justo donde estaba su polla. Sonrió al descubrir que estaba erecta. Lucas no se había percatado de que la situación le había resultado excitante y su cuerpo reaccionó en respuesta a ella, en desacuerdo con su mente. Lucas trató de apartar la mano de Pablo pero este la tomó para ponerla bajo su pantalón y hacerle sentir su correspondiente erección que allí crecía.

—¿Ves lo que me haces sentir? —insistió Pablo—. Ciertamente no pasas desapercibido.

—Esto no está bien —dijo Lucas pero sin oponer resistencia y palpando el miembro erecto bajo el pantalón de Pablo—. Nunca he estado con un hombre. No me gustan. No soy gay.

A juzgar por su gesto de fastidio, seguramente Pablo ha escuchado ese discurso tantas veces y ha comprendido que siempre se trata de una falacia. Por lo tanto en lugar de seguir hablando, prefirió actuar; es decir, asumir el riesgo para llegar al fondo del misterio.

Con sus brazos rodeó a Lucas y lo atrajo hasta su cuerpo para besarlo. Y entonces Lucas se dejó poseer por el placer que lo embargaba, logrando que su mente, y las censuras morales de su consciencia, quedarán en suspenso.

En ese momento no importaba que nunca antes se hubiera planteado a posibilidad de estar con otro hombre, o que considerara repulsiva la idea de que un hombre fuera gay. Ahora era simplemente esa avidez de su carne despertando ante un impulso, un hombre divorciado en busca de un poco de afecto para recordarse lo que es sentirse deseado.

—Eres mucho más atractivo de lo que crees, Lucas —alabó Pablo—. Eres muy apetecible.

Con presteza, Pablo bajó los pantalones de Lucas y sacó su miembro erecto fuera para sujetarlo entre sus manos. De igual manera, Pablo bajó los suyos para que Lucas sostuviera su pene y al mismo ritmo lo sujetara entre sus manos para masturbarlo.

Pablo se abrazó a Lucas sin dejar de masturbar el pene de este y continuó besándolo. Lucas respondió a sus besos y una sensación de infinito placer recorrió su piel, no solo por el hecho de que fuera masturbado por una mano ajena a la suya sino también porque el sujetaba por primera vez un pene que no era el propio y resultaba tan excitante como arriesgado.

Al cabo de unos minutos, y casi consecutivamente, el semen salía

disparado fuera de ellos. Tras el semen derramado vino el alivio pero justo detrás reapareció la consciencia con todas sus censuras morales. Lucas no se atrevía a verlo a los ojos, pero era incapaz de reaccionar con violencia después de lo sucedido. De nada serviría actuar tan hipócritamente. Pablo se apartó lentamente de Lucas pero sin quitarle la mirada, mientras se subía los pantalones.

—Ha sido estupendo —dijo Pablo rompiendo el silencio—. Algún día deberías venir a mi casa, si quieres llevarlo a otro nivel. ¿Te doy mi número?

—Buenas noches —resopló Lucas subiéndose los pantalones con torpeza pero sin voltear su rostro para enfrentarse con su mirada—. Gracias por la cerveza.

Lucas salió del cubículo y Pablo sintió un raro impulso de seguir sus pasos para detenerlo. Pero se contuvo. ¿Qué sentido tendría pereguirlo y continuar la conversación? ¿Acaso no era solo otro desconocido con el cual tenía una experiencia íntima de tipo casual?

Y sin embargo, había algo distinto en todo aquello que ya había hecho tantas otras veces con hombres similares, incluyendo muchos como Lucas, casados o divorciados, asegurando que no tenían deseos de experimentar un contacto sexual con otro hombre.

—En serio vales mucho más de lo que estimas —murmuró Pablo cuando ya Lucas se fue y no podría escucharlo—. Ojalá seas capaz de verlo.

Por su parte Lucas caminó con prisa fuera del bar y sin mirar atrás, temiendo que Pablo lo alcanzara. Vio que algunas miradas se posaban sobre él, o quizá estaba sobredimensionando los efectos de su vergüenza.

Se sentía expuesto y creía que cada persona que lo miraba lo hacía porque descubrió su secreto: tuvo un acercamiento sexual con otro hombre y su cuerpo había respondido a ese deseo sin ningún problema. Al montarse dentro de su coche, Lucas sostuvo su rostro entre sus manos y se puso a llorar.

—¿Qué estoy haciendo? —sollozó Lucas—. Me desconozco.

Nunca antes había sentido un deseo punzante por otro hombre, por muy atractivo que este fuera. Lo máximo que llegaba a experimentar frente a un hombre atractivo era esa sensación de nerviosismo acompañada por una necesidad de evitarlos.

Pero esto lo interpretaba como una respuesta a sus propias inseguridades, al hecho de que se sintiera intimidado por alguien que lo superaba en cualidades. Jamás esto se tradujo en una erección

como sucedió con Pablo.

Pero este era el hombre más sexy con el cual alguna vez había hablado. Todo en él era seductor, desde sus gestos hasta la elección de palabras a la hora de dar una respuesta. Parecía un experto en lograr que otros se rindieran a su deseo por él, aunque nunca antes hubieran explorado esas formas de deseo que implicaba corresponderlos.

E incluso dentro de su coche al recordar como sus fuertes brazos rodeaban su cuerpo para ejercer su dominio, o como sus gruesos labios entraban en contacto con los suyos para aprisionarlos en un beso arrebatador, Lucas nuevamente se sentía excitado y con ganas de repetir aquello que experimentó minuto antes.

Lucas apartó las manos de su rostro y encendió el coche para irse lejos de aquel bar. Le habría gustado seguir manejando hasta dejar atrás aquel pueblo. Pero, ¿adónde iría? La realidad de su mala racha seguía estando allí tan opresiva y en su contra como siempre. Ese seguía siendo el único lugar que le quedaba en el mundo para recomenzar una vida lejos de su esposa.

—¡Maldita zorra! —gritó Lucas—. Ella es la culpable de todo lo que me está ocurriendo.

Capítulo 3

Las sábanas lo abrigaban con tal comodidad, que a Lucas le costó desprenderse de ellas. Al levantarse de la cama se sintió mareado y tuvo deseos de tenderse nuevamente sobre la cama para esperar que se le pasara.

Las cervezas seguían produciendo secuelas y agradeció no haber tomado mucho más, si es que había algo que agradecer de una noche tan vergonzosa como aquella que tuvo. Lo que lamentaba de desertar es que nuevamente debía enfrentarse a esos recuerdos, a ese tacto masculino que lo aprisionó hasta hacerlo eyacular.

En nada ayudaba su cuerpo si cada vez que lo recordaba se sentía invadido por ese mismo deseo. Supuso que tendría que lidiar con ello hasta que se le pasara, como si se tratara de una gripe pasajera. No era el momento para distracciones de ningún tipo, bien sea dejándose invadir por los amargos recuerdos de su esposa o acuciado por las fantasías eróticas gays con un desconocido.

Era mejor apartarse de esos pensamientos, tanto como pudiera lograrlo. Debía estar listo porque dentro de dos horas asistiría a la entrevista de trabajo, ese evento crucial que podría resolver parte de sus problemas si lograba resultados positivos.

Con su mejor ánimo enfrentó ese nuevo día que se le presentaba como una oportunidad cargada de grandes esperanzas. No solo necesitaba el trabajo por el dinero, lo cual por supuesto era una razón de peso, sino también porque eso le daría un nuevo propósito para despertarse, una dirección hacia la cual conducirse en medio de su desamparo, además de una obligatoria distracción para no estar a solas consigo mismo. Para enderezar el rumbo de su extravío conseguir un trabajo se convertía en su primera tabla de salvación que lo llevaría a un territorio medianamente familiar y seguro.

El lugar en cuestión que podría convertirse en una parada usual si llegaba a ser contratado era un pequeño edificio de oficinas en el centro de la ciudad. El trabajo al cual optaba consistía en asistir al gerente de una empresa de seguros.

Por lo tanto le correspondería atender llamadas, agendar reuniones y asistir a ellas, e igualmente supervisar a otros empleados como intermediario entre los jefes y el resto. Lucas creía que podría dominar con soltura un trabajo como aquel, y si en un tiempo las circunstancias resultaban favorables conseguiría ascender.

Pero no convenía adelantarse a los acontecimientos antes de que estos ocurrieran. El primer paso lógico era obtener el empleo y todo

radicaba en el éxito de la entrevista.

Una vez dentro del edificio admiró la construcción elegante y estilizada, mucho más urbana y moderna que el resto de las construcciones de aquella localidad, por lo general rústicas y de apariencia pueblerina. Contaban con un único ascensor pero la cola para esperarlo era reducida. Todos cabrían sin problemas.

En menos de dos minutos estaba en el piso indicado y se acercó a la recepcionista para anunciar su llegada en conformidad con su cita. Había llegado puntual, cinco minutos antes de la hora pautada. Esperaba que este gesto funcionara como una adecuada primera impresión.

—Puede pasar —anunció la recepcionista después de efectuar las llamadas de rigor para comprobar que en efecto aquel hombre era esperado para una entrevista de trabajo tal como decía—. El director de Recursos Humanos lo espera. Vaya al fondo y luego a la derecha, la primera oficina.

Lucas asintió a las instrucciones indicadas y las obedeció al pie de la letra. Dentro de la oficina en cuestión lo esperaba un hombre menudo y de cara rechoncha que lo invitó a pasar.

—Lucas Ramírez, ¿cierto? —preguntó el entrevistador con amabilidad —. ¡Venga y siéntase! Cierre la puerta detrás de usted. Yo soy Fernando Agüero.

Tras obedecer sus indicaciones, se estrecharon las manos y Lucas parecía tan alegre como nervioso.

—Gracias por la oportunidad —alcanzó a decir Lucas acomodándose en el asiento frente a Fernando—. Recién me mudé hace tres días.

—Espero que haya tenido una buena experiencia —señaló Fernando —. Según recuerdo de su nota adjunta nos decía que estaba regresando porque en el pasado vivió aquí, ¿no es así?

—Es cierto —confirmó Lucas—. Viví en esta ciudad desde que nací hasta que cumplí 18 años y me fui a estudiar en otro lugar. Con poca frecuencia me acercaba hasta aquí para visitar a mis padres. Mi madre murió hace mucho tiempo pero mi padre murió hace cinco años y luego de ese no vine más hasta ahora. Así que todo me parece nuevo y distinto como si fuera la primera vez. Muchas cosas han cambiado, pero me ha sorprendido de un modo grato.

—Lamento lo de sus padres —resaltó Fernando—. A pesar de que hayan pasado los años, siempre se trata de pérdidas inconsolables. Debió ser difícil enfrentarse a tantos recuerdos. Sin embargo, me resulta increíble que haya vuelto y quiera vivir nuevamente en este

lugar e incluso conseguir un trabajo. Sus planes de establecerse aquí van en serio.

Las entrevistas de trabajo eran al mismo tiempo una consulta psiquiátrica y una visita al confesionario, con la diferencia de que cualquier desliz no recibiría un récipe o una penitencia, sino una respuesta negativa ante lo que se quería obtener.

Lucas debía ser muy cuidadoso en sus respuestas si quería realmente hacerse con el trabajo y evitar ahondar en terrenos excesivamente personales que demostraran su fragilidad y al mismo tiempo expusieran su desesperación. No había nada tan poco atractivo e incluso repulsivo para una empresa como un empleado que da la impresión necesita un trabajo para no morirse de hambre.

—Mi intención es vivir y establecerme aquí —declaró Lucas—. Quiero recuperar la casa de mis padres y remodelarla. Ahora es mi casa, por supuesto. Me gusta la tranquilidad de este lugar. Viví mucho tiempo en ciudades bulliciosas y creo que comprendí que no me sentía a gusto y en paz como quizá pueda lograrlo aquí. No conservo malas memorias de mi vida en este lugar. Quizá por eso decidí regresar.

—Ciertamente, esta es una ciudad considerablemente más tranquila y menos bulliciosa comparada con otras —concedió Fernando—. Pero generalmente quienes están aquí esperan irse tarde o temprano. Y quienes lo logran no tienen deseos de regresar. Es un caso interesante y peculiar el suyo. ¿Está casado? ¿Tiene hijos?

—No tengo hijos —respondió Lucas—. Y estoy divorciado.

—Entiendo —asintió Fernando con un asentimiento compasivo, como si con esa respuesta hubiera entendido las razones por las cuales Lucas regresó. Este gesto le molestó a Lucas porque no le gustaba que sintieran lástima por su situación—. Sus credenciales son muy buenas para este trabajo. ¿Ha explorado otras opciones dentro de esta ciudad?

Nuevamente las preguntas que intentaban descubrir que tan grande era su necesidad de obtener ese trabajo. Lucas esperaba sortearlas con gracia, pero nunca podía darse por sentado que una respuesta era la correcta.

Quizá las mejores respuesta siempre eran aquellas que no contradecían la verdad. Lucas no quería mentir, pero tampoco convertir la entrevista en un desahogo que lo hiciera lucir débil y ansioso.

—Son mi primera alternativa —admitió Lucas—. Como bien dije, acabo de llegar. Envié mi solicitud de aplicación a esta empresa semanas antes de llegar ya sabiendo que vendría a vivir. No quería perder el tiempo y comenzar a explorar opciones.

>>Llegar a una nueva ciudad, incluso si se trata de una que alguna vez conociste, no es nada fácil. Establecerse y adaptarse toma tiempo. Trabajar contribuye a acelerar ese proceso. Agradecí cuando recibí una pronta respuesta por parte de ustedes.

—No dudo de que nos gustaría contar con un empleado como usted en estas oficinas —reconoció Fernando—. Pero probablemente tenga deseos de explorar otras alternativas. No por ser la más fácil e inmediata significa que seamos la que le conviene. ¿No ha pensado en seguir explorando?

Otra pregunta engañosa que escondía una trampa, que aunque fuera muy evidente no la hacía menos peligrosa.

—Nunca es mala idea explorar nuevas alternativas —acordó Lucas—. Pero cuando llegas a cierta edad ya estás seguro de tus prioridades. Es menos atractivo explorar por el placer de descubrirse cuando te sientes capaz de elegir conforme a lo que ya descubierto sobre ti durante esos años de exploración. Llega el momento de detenerse y obrar conforme a ese descubrimiento.

—Definitivamente usted sería una excelente valor para nuestra empresa —apuntó Fernando admirado por la respuesta de Lucas—. Aprecio su lucidez y buen juicio. Eso es justo lo que andamos buscando.

>>Si de mí dependiera el trabajo es suyo; pero el gerente, quien sería su jefe inmediato, es quien tiene la última palabra. Por supuesto con mi voto de aprobación ya tiene la mitad del camino recorrido y quizá un poco más porque confía en mi excelente juicio a la hora de reclutar empleados.

—Comprendo —aceptó Lucas en referencia a la aprobación final que requería por parte del gerente, aunque tratando de ocultar su alborozo por el hecho de que el trabajo era casi suyo—. ¿Pautarán una nueva entrevista para que él me conozca?

—No hay que ser tan formales —desestimó Fernando—. Veamos si tienes suerte. Si Pablo está en su oficina le diré que se acerque para que eche un vistazo. Eso es todo. Quizá debamos esperar un poco, dependiendo de que tan ocupado se encuentre esta mañana.

>>Por eso requiere un asistente cuanto antes, para aligerarle la carga de trabajo. ¿Necesitas irte enseguida o puedes esperar un poco más? Comprendo si no puedes quedarte. Cuando uno se muda a una ciudad hay tantas cosas que hacer al menos durante las primeras semanas.

Al escuchar el nombre “Pablo” sus piernas temblaron y un vacío se hizo presente en su estómago. A su mente vinieron los recuerdos de la

noche anterior y su experiencia en el baño. Apartó enseguida la idea que se estaba gestando en su cabeza. No se trataba de un nombre inusual. Era una casualidad tonta y cruel de la cual se reiría luego cuando conociera al gerente y descubriera que se trataba de una persona completamente distinta.

—Puedo esperar sin problemas —respondió Lucas—. He reservado toda mi mañana para esta entrevista.

—Estupendo —celebró Fernando—. Llamaré a Pablo para comprobar si se encuentra aquí.

Fernando esperó en el auricular y atendió una secretaria que luego de exponerle el motivo de su llamada le dijo que Pablo estaba hablando con un cliente, pero que le daría el recado.

—Nos toca esperar —confirmó Fernando al colgar—. Como verás hay mucho trabajo en estas oficinas. No tendrás mucho tiempo para distraerte durante las horas laborales.

—Eso es justo lo que necesito —declaró Lucas—. Me agrada sentirme útil y ocupado.

—Admiro su entusiasmo —reiteró Fernando—. En poco tiempo me ha demostrado las cualidades que se necesitan para trabajar en esta empresa. Espero que Pablo no se tarde. ¿Tiene disponibilidad inmediata para trabajar?

—Mañana mismo si así lo quieren —soltó Lucas enseguida aunque lamentó haber dado esa respuesta, creyendo que convenía mejor seguir manteniendo un entusiasmo moderado—. O cuando prefieran.

—Mientras más pronto sea mucho mejor para todos —destacó Fernando—. Esperemos a ver que nos dice Pablo.

Continuaron conversando un largo rato, comentando sobre ciertos lugares de la ciudad. Lucas reconoció que todavía no se había tomado suficiente para recorrerla, pero que esperaba hacerlo el próximo fin de semana.

Fernando le recomendó algunos sitios a los cuales debería echarle un vistazo, señalando aquellos que habían cambiado o eran nuevos en relación a los cinco años durante los cuales no había visitado la ciudad. Minutos más tarde sonó el teléfono y al atenderlo la secretaria le anunció a Fernando que Pablo iba camino a su oficina.

—Ya viene —repitió Fernando—. Justo a tiempo antes del almuerzo.

El nerviosismo invadió a Lucas, no solo porque de esa persona dependía la aprobación final para quedarse con el trabajo sino porque no dejaba de pensar en la posibilidad de que se tratara del mismo Pablo de la noche anterior.

¡Era un pensamiento absurdo! Pero por mucho que así lo pensara no terminaba de creerlo. Solo recibiría la confirmación cuando se abriera la puerta de aquella oficina y entrara un Pablo nuevo y distinto para aclarar sus dudas de una vez por todas.

Sus divagaciones fueron interrumpidas cuando crujió la puerta del despacho de Fernando, al ser abierta desde afuera. Lucas se mantuvo de espaldas en su asiento sin voltear mientras Fernando saludaba al gerente que llegaba.

—El joven aquí te estaba esperando —señaló Fernando—. Para mí es la opción perfecta para convertirse en tu nuevo asistente. Es justo lo que buscamos. Su nombre es Lucas.

Ya no podría retrasar el momento, así que se volteó para encontrarse con ¡el mismísimo Pablo de la noche anterior! Al reconocerse mutuamente se quedaron perplejos, pero enseguida Pablo recobró la compostura y le dedicó una amplia sonrisa; esa encantadora sonrisa que tan bien había conocido.

—Confío en tu instinto, Fernando —afirmó Pablo—. Es un placer señor Lucas. Sospecho que sí, eres justo lo que busco. ¿Cuándo puedes comenzar? Te necesito con prontitud.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. No solo no esperaba que el gerente para el cual trabajaría fuera más joven que él, mucho habría creído posible que el hombre con el cual tuvo su primera experiencia sexual gay horas atrás tendría la potestad de darle órdenes en calidad de jefe.

Le habría gustado huir y decir que preferiría no aceptar el puesto de trabajo, pero ¿qué justificación daría? Además, necesitaba el trabajo. Si Pablo no parecía molesto por su presencia allí y estaba dándole la bienvenida, ¿qué le impedía fingir que nada ocurría entre ellos?

Si su temor era que algo como un nuevo acercamiento sexual ocurriera entre ellos, apelaba a que dentro de un ambiente de trabajo como aquel sería prácticamente imposible; especialmente si él lo evitaría a toda costa manteniendo una actitud respetuosa y distante con su futuro jefe.

—Lucas aseguró que comenzará mañana —refirió Fernando—. ¿Quieres quedarte conversando con él? Mi oficina es toda tuya. Yo debo atender unos asuntos antes de irme a almorzar.

—Me gustaría conocer mejor a mi nuevo asistente —aceptó Pablo—. Pero no en un ambiente como este. ¿Quieres venir a almorzar conmigo? Yo invito.

Fernando parecía indiferente a lo que estaba ocurriendo, sin sospechar que en esta conversación habían dobles sentidos que solo

comprendían ellos dos. Seguramente le pareció considerablemente extraño que Lucas tardara en responder.

—De acuerdo —aceptó Lucas finalmente—. Si no es una molestia.

—No lo será —reafirmó Pablo—. Nos vemos luego, Fernando. A partir de ahora yo me encargo. Sígueme, Lucas.

A Lucas no parecía tener otra alternativa mejor que asentir y aceptar. El hecho de estar a solas con Pablo lo llenaba de temor, pero si quería trabajar como su subalterno tarde o temprano ocurriría. Lo mejor era aclarar la situación cuanto antes para así no evitar futuros malos entendidos; y para eso debían estar a solos sin la presencia de ningún otro testigo que no comprendiera lo embarazoso de aquel encuentro.

Lucas se despidió de Fernando estrechando su mano y tratando de asumir una compostura normal que no delatara la repentina perturbación interior a la que estaba siendo sometido. Seguidamente caminó detrás de Pablo quien saludaba a la gente que se presentaba en su camino, con el garbo y el aplomo de quien tiene el mando dentro de un lugar.

Durante ese tiempo no se volteó para comprobar si Lucas en efecto le seguía el paso hasta que se detuvieron frente al ascensor y se detuvieron el uno junto al otro. Pablo lo miró fijamente, pero Lucas mantuvo la mirada fija en las puertas aunque apostaría a que si se volteaba se reencontraría con su sonrisa arrebatadora.

Entraron juntos al ascensor, el cual estaba parcialmente ocupado por otras personas. Pablo se detuvo a hablar con una joven, a la cual aparentemente conocía, haciéndole preguntas sobre su cotidianidad. Ella le sonreía, aparentemente agradecida de recibir esta atención de su parte. Resultaba innegable que se sentía atraída por él. Lucas se preguntó si habrían tenido sexo alguna vez o se cuestionó si Pablo realmente le interesaran las mujeres.

A juzgar por lo ocurrido la noche anterior, y considerando la cantidad de mujeres solteras que los rodeaban, parecía más a gusto estando con otros hombres. Pero, ¿acaso alguien diría lo mismo de él si supiera lo sucedido entre ellos? Cuando la mujer se quedó en la planta baja y se despidió de Pablo, este le habló a Lucas por primera vez desde que abandonaran la oficina.

—Vamos al estacionamiento —explicó Pablo—. Te llevaré a un restaurante que queda cerca.

—Vale —respondió Lucas sin cesar de evitar su mirada—. Yo te sigo.

Pablo rió por lo bajo y caminó fuera del ascensor en su siguiente parada. Lucas lo siguió hasta un coche deportivo que atrapó su

atención de inmediato.

—Hermoso, ¿eh? —señaló Pablo al ver la admiración que Lucas le dedicó a su coche—. Es tan hermoso por fuera como cómodo por dentro. Entra.

Las puertas se abrieron y Lucas obedeció. La familiaridad con que Pablo lo trataba se le hacía cada vez menos incómoda y le inspiraba confianza. No temía que Pablo intentara propasarse nuevamente con él porque se estaban relacionando en una nueva dinámica, cuyos códigos parecía conocer y respetar. Ya dentro del coche Pablo condujo y alternativamente le lanzaba miradas a Lucas para comprobar sus gestos.

—Sospeché que te volvería a encontrar —dijo Pablo—. Pero jamás imaginé que en una circunstancia como esta. Justo ayer andabas tan nervioso por la entrevista de trabajo. De haber sabido que era para el cargo de asistente te habría dicho que no te preocuparas. ¿Te sientes incómodo?

—Solo un poco —admitió Lucas—. Te dije que no me gustaban las sorpresas y esta ha sido una muy grande.

—Espero que haya sido grande y no desagradable —debatió Pablo—. Para mí fue una sorpresa muy grata, debo decir.

—No fue desagradable —repuso Lucas aunque no estaba plenamente seguro de estar diciendo la verdad al respecto—. Pero aún trato de asimilarlo.

—Ya lo discutiremos —prometió Pablo—. Este es el restaurante.

Pablo se estacionó frente a un restaurante de apariencia lujosa. Era un lugar relativamente nuevo, según le comentó mientras se bajaban, que fue inaugurado hace tres años. Sentados uno frente al otro, Pablo se encargó de hacerle las respectivas recomendaciones del menú que le dieron y Lucas asintió a todo le que decía, lo cual agradeció porque no quería concentrarse en ese tipo de decisiones.

—No te preocupes por este almuerzo —dijo Pablo pareciendo adivinar sus pensamientos—. Esta es una invitación que le haría a cualquier futuro empleado que trabaje directamente conmigo como una forma de darle la bienvenida.

>>Si Fernando dice que eres el candidato ideal es porque es así. Aunque por lo que conozco de ti, me alegra mucho que sea mi empresa quien te ofrezca la ayuda que necesitas al mismo tiempo que nos aportas tu experiencia y talento.

—No me gustaría que me contrataras solo porque sientes lástima de mi situación —interpuso Lucas—. En el caso de que mi trabajo no te

guste no tienes porque mantenerme. ¿Crees que sea buena idea que trabaje para ti?

—¿Por qué no habría de serlo, Lucas? —inquirió Pablo—. Fernando opinó que debería contratarte y muy pocas veces lo contradigo. Esta no será la excepción. ¿Te preocupa lo que pasó entre nosotros?

Al hacer una mención directa de ello, Lucas bajó la cabeza en el momento providencial en que el mesero los interrumpía para ponerles los platos que Pablo había ordenado. Esta distracción no duraría para siempre y Lucas comprendía que debía ofrecer una respuesta a la pregunta puesta sobre la mesa antes de que la comida fuera servida.

—No he pensado mucho en eso —mintió Lucas—. Por mi parte ha quedado totalmente olvidado y no interfiere en la relación estrictamente profesional que puede establecerse entre nosotros.

—Entonces has tenido suerte —dijo Pablo probando el primer bocado de su almuerzo—. Yo no he dejado de pensar en ello. ¿Algún consejo para olvidarlo?

De nuevo aparecía en su rostro la sonrisa pícara y Lucas sintió que se burlaban de él. Sin embargo, también lo estaba poniendo a prueba.

—No soy la persona más apropiada para dar consejos —rebatió Lucas —. Pese a esto creo que nos conviene no pensar en eso si vamos a trabajar juntos. No pretendo ser irrespetuoso con su estilo de vida, pero espero que comprendas que yo no soy gay.

>>Lo que ocurrió fue un accidente. Estaba en un momento de indefensión. Por supuesto, la culpa es compartida. Yo permití que sucediera. Sin embargo, te aseguro que si de mí depende no volvería a permitirlo.

La mirada de Lucas era desafiante al decir su clara advertencia respecto a cualquier futuro intento de Pablo por querer propasarse. Pablo continuó masticando con un gesto neutral que resultaba transparente a la hora de intentar descifrar su reacción respecto a estas palabras.

—Alabo tu prudencia —admiró Pablo con un tono cínico aunque disimulado por sus modales amables—. Pero negarlo u olvidarlo no significa que no haya ocurrido. Pero respetaré tu posición y no pretendo abusar de mi condición de jefe, si acaso has pensado que yo pueda ser esa clase de persona. Ese “estilo de vida”, tal como tú lo llamas, no me convierte en un insensato. Mi vida laboral nunca se mezcla con mi intimidad.

—Espero no haberte ofendido —se disculpó Lucas—. Nunca pensé que fueras la clase de persona que abuse de su poder. Comprendo que

cuando nos conocimos no existía para ninguno de nosotros la remota posibilidad de que pudiéramos hallarnos luego en una situación como esta. Simplemente me gustaría aclarar mi posición al respecto.

—Quieres reafirmar tu heterosexualidad aunque te cueste el empleo —contraatacó Pablo—. Sería una razón muy tonta para perderlo. ¿Y qué importa aclararlo? ¿Te hará mejor o peor empleado esa heterosexualidad?

—No me gustaría dar una impresión errónea, eso es todo —defendió Lucas—. Estaba fuera de mí por el alcohol y la depresión.

—¿Y más nunca volverás a estar fuera de ti? —cuestionó Pablo—. Respóndeme con sinceridad, ¿crees que me aproveché de tu situación?

—En parte si lo creo —reconoció Lucas tras una extensa pausa—. No creo haberte dado ninguna señal de que estuviera buscando algo más que una charla fraterna; la cual tampoco estaba buscando y simplemente accedí cuando se presentó.

—Yo también admito que aproveché la situación —acordó Lucas—. Sin embargo, dentro de la amplia gamas de reacciones que pudiste tener tu cuerpo resolvió corresponder mis avances. ¿Te molesta entonces que en lo sucesivo crea que tú puedas ser gay? Por supuesto que lo creo. Yo todavía me acuesto con mujeres, con cierta frecuencia.

>>Eso no me hace más heterosexual que otros hombres gays que jamás lo han hecho. De hecho, me concibo a mí mismo como un hombre gay. Las percepciones ajenas nunca las cambiarás. Para mí será inevitable pensar que una parte de ti alberga fuertes pulsiones homosexuales. Y me es lícito creerlo porque lo comprobé por mí mismo.

>>No es algo que vaya a comentar con nadie ni que pretenda recordarte. Pero las cosas son como son y tal como expresas es importante aclarar la situación. Esa es una parte de ti que quizá no pretendas explorar pero ahora sabes que existe. Tú y yo sabemos que existe. Quizá yo te di el primer incentivo, pero prometo que no intervendré para que continúes explorándola.

>>Eso ya depende de ti. Comprendo tu posición porque alguna vez la tuve. Cada quien se engaña como quiere el tiempo que puede. Personalmente creo que la sexualidad es lo suficientemente maleable como para no hacer afirmaciones contundentes. Eso es todo lo que tengo que decir al respecto. ¿Te gusta la carne? Para mí es una de las mejores que se sirven en este lugar.

La seguridad con que Pablo hablaba le hizo comprender a Lucas porque logró convertirse en jefe. Era un hombre con determinación y autoridad que despertaba admiración y respeto al hablar.

—La carne es estupenda —contestó Lucas aceptando que se diera por terminado el tema de conversación en relación a la noche del bar—. Tendré en cuenta el lugar para futuros almuerzos.

—Me alegra mucho que seas mi asistente —aseguró Pablo—. Hay mucho trabajo por hacer y no me daba abasto. Te espero mañana a primera hora.

Capítulo 4

Como si le hubieran quitado un peso de encima, desde que Lucas comenzó a trabajar como su asistente la jornada de trabajo era mucho menos agotadora. Había transcurrido un mes desde que fuera contratado y Pablo comprobó en ese tiempo el excepcional empleado que era. No solo cumplía con éxito y eficiencia las tareas que se le encomendaban, sino que también a menudo se demostraba incentivado a hacer propuestas que mejoraban la labor realizada.

En resumen, el trabajo de Lucas era satisfactorio y lo convertían en un empleado indispensable al cual Pablo se había acostumbrado con rapidez, pese a sus temores iniciales de que lo ocurrido entre ellos creara una fractura que hiciera insoportable tan dinámica para alguno de ellos; especialmente para Lucas, quien parecía más incómodo por el grado de exposición que representaba para él aquella anécdota.

Sin embargo, Pablo asumió una actitud neutral a la hora de relacionarse con Lucas desde una posición de autoridad. Le hablaba con fraterna frialdad y solo conversaban sobre asuntos relacionados con el trabajo.

Si llegaban a encontrarse en un espacio ajeno al trabajo se saludaban cordialmente y no intercambiaban mayores palabras durante un tiempo que no superaban los dos minutos. A pesar de esto, Pablo no había olvidado ni remotamente el contacto íntimo que experimentó junto a Lucas en el baño de aquel bar.

A menudo, y mucho más de lo que se atrevería a admitir, Pablo divagaba en torno a ese recuerdo. No solo lo recreaba mentalmente, también creaba nuevas fantasías según las cuales no solo se masturbaban, sino que llegaban aún más lejos.

Cada vez que Lucas entraba a su oficina pensaba en esas fantasías y sentía una erección. Le habría gustado ordenarle que cerrara la puerta y luego abalanzarse contra él, pero Pablo jamás haría algo como aquello dentro de su oficina.

Tampoco estaba dispuesto a demostrarse débil ante sus impulsos frente a un Lucas excesivamente seguro de su heterosexualidad. Le molestaba esta seguridad y prefería que fuera Lucas quien demostrara sus deseos de volver a estar con Pablo en una situación sexual.

Si Lucas llegaba a dar señales de que quería estar con él, entonces no se negaría. De lo contrario su orgullo no le permitía aventurarse a cometer el riesgo de intentar un primer paso. Comprendía que la heterosexualidad de Lucas había sido expuesta y no dubaba de que tarde o temprano este buscaría una forma de aplacar los nuevos

deseos que seguramente estaba descubriendo.

Lo que a Pablo le atormentaba saber era si Lucas lo buscaría a él para cumplir esos deseos o en cambio lo haría con algún otro. La sola idea de que Lucas estuviera con otro hombre le molestaba profundamente hasta tal punto que Pablo se enojaba consigo mismo por sentirse de esta forma.

Lo cierto era que había algo especial en Lucas que le resultaba atrayente y que no dependía exclusivamente del morbo ante la perspectiva de torcer su deseo hacia las mujeres para ayudarlo a descubrir su necesidad de experimentar con hombres.

Existía una atracción mucho más intensa e inexplicable que se hacía patente cuando lo tenía al frente. A Pablo le alegraba encontrarse a Lucas en su escritorio cada mañana, como si su sola presencia bastara para que fuera un buen día.

Y contradictoriamente debido a estas sensaciones, Pablo recrudecía su actitud distante, apoyándose en su rol de jefe, refrenando sus impulsos de invitarlo a almorzar o proponer algún plan fuera del entorno de la oficina.

Por supuesto, Pablo actuaba con tal maestría para ocultar el modo en que realmente se sentía que Lucas jamás habría sospechado que este seguía albergado deseos por él. Poco a poco, Lucas abandonaba su aspecto demacrado producto de la depresión a la cual se hallaba sometido y entonces se veía mucho más atractivo.

Aunque Lucas fuera un hombre inseguro y poco consciente de sus propios encantos, a Pablo le parecía atractivo. Y quizá por esta poca consciencia que Lucas demostraba en relación a sus atributos estos terminaban resaltándose aún más.

Lo que tampoco sabía Lucas, era que durante los fines de semana Pablo se acercaba al bar donde se habían conocido con la esperanza de reencontrárselo allí. No obstante, Lucas no se había vuelto a asomar en ese bar; al menos no las veces en que Pablo lo llegó a frecuentar.

Los días seguían pasando, instaurándose el hábito de la normalidad, y todo parecía haber quedado olvidado entre ellos. Pablo se decía a sí mismo que se acostumbraría a la presencia de Lucas hasta tal punto que dejaría de pensar en él como un objeto de deseo y simplemente como un empleado.

—Ya organicé todo para la reunión con los clientes de la tarde —anunció Lucas entrando al despacho de Lucas—. ¿Necesitas algo más?

—No te preocupes —desestimó Pablo—. Puedes ir a almorzar.

Lucas asintió pero no se movió de su sitio como si estuviera meditando sus palabras antes de hablar, con esa actitud propia de quien está a punto de decir algo pero no se encuentra completamente seguro de hacerlo. Tras un minuto de titubeo durante el cual Pablo se le quedó viendo intentando descifrar porque Lucas seguía allí, este dio un paso al frente.

—Hoy me di cuenta que ya llevo un mes trabajando aquí —expuso Lucas—. Y quería aprovechar para darte las gracias por la oportunidad que me concedieron. Por primera vez en mucho tiempo siento que recupero la estabilidad que alguna vez logré alcanzar.

—Me complace que te sientas de ese modo —correspondió Pablo—. Soy yo quien me siento agradecido por tenerte aquí. Has sido un empleado excepcional. Te aseguro que las cosas están mucho mejor desde que llegaste.

>>Ahora me estreso con menor frecuencia a causa del trabajo y eso me da más tiempo para mis asuntos personales. Aún eres nuevo y debemos esperar, pero te garantizo que en unos cuantos meses recibirás tu primer aumento de sueldo.

—Me halaga escucharlo —dijo Lucas agachando su cabeza—. Pero no quiero que creas que he venido a pedir un aumento. Solamente quería agradecerte por estar aquí.

—No lo he dicho por eso —adelantó Pablo—. Es algo sobre lo cual ya he reflexionado y quería expresarlo. Tan pronto como se pueda me gustaría hacerlo posible. En un mes has hecho lo que otros se tardarían muchísimo más tiempo y eso merece una pronta compensación.

—Nuevamente gracias —subrayó Lucas sonriendo por lo bajo—. Eso me hace sentir más comprometido con mi trabajo para demostrar que siempre puede ser aún mejor.

—Lo importante es que te sientas a gusto —declaró Pablo—. Aunque de haber sabido antes que sonreirías de esa forma te habría dicho antes lo que pensaba sobre tu trabajo y cuánto lo aprecio.

Ante este comentario, Lucas no pudo evitar ruborizarse. Para tratar de disimularlo fingió que le daba una tos y luego cuando se recuperó de este falso malestar se encontró con la mirada fija de Pablo.

Era la primera vez desde el incidente del baño dentro del bar en que reconocía esa mirada encendida que no dejaba lugar a dudas sobre la lujuria que le inspiraba su presencia. Lo prudente habría sido irse pero Lucas siguió allí, solo que esta vez le sostuvo a Pablo la mirada incapaz de resistirse a ella.

—Finalmente no te he dicho la razón por la que sigo aquí —anunció Lucas—. A razón de ese agradecimiento quería proponerte que almorzáramos juntos de nuevo y ser yo quien invite esta vez. Siempre y cuando no tenga otros planes, por supuesto.

Un gesto de suspicacia se reflejó en el rostro de Pablo. A pesar de que Lucas estaba distrayendo la atención en torno al tenso silencio subrayado por el intercambio de miradas, Pablo intentaba evaluar las oportunidades inherentes a ese lenguaje secreto de gestos mínimos y miradas agudas que todo hombre gay comprende como si se tratara de un alfabeto cuyos códigos se traducen en tiempo real para identificar hasta que punto otro hombre quiere algo de otro desde un punto de vista sexual.

—Acepto la invitación —acordó Pablo—. ¿Te parece bien si vamos en mi coche?

—Como mejor te parezca —aceptó Lucas—. Propongo que sea en el restaurante donde me invitaste el día de mi entrevista. No he ido desde entonces.

—Excelente alternativa —alabó Pablo poniéndose de pie—. No perdamos tiempo, entonces.

Todo parecía inofensivo y cotidiano, pero ambos parecían cautelosos respecto a sus movimientos. Al momento de caminar hasta el ascensor se atropellaron un par de veces a la hora de hablar, haciéndolo al mismo tiempo así como luego en el ascensor sus manos se cruzaron al presionar el botón para bajar hasta los estacionamientos.

Este ligero roce hizo que Lucas apartara su mano enseguida como si se tratara de un cortocircuito. Pablo no se atrevió a verlo y se mantuvieron en silencio el resto del recorrido hasta que abordaron el coche de Pablo. Justo entonces cuando Pablo iba a encenderlo, Lucas hizo un movimiento que lo tomó por sorpresa. Puso una de sus mano sobre aquella que ya había puesto sobre la palanca.

No era necesario un diccionario para interpretar el significado de aquel gesto. Con ello Lucas le estaba dando a entender a Pablo que también abrigaba los mismos deseos que él estaba sintiendo. Lucas presionó con fuerza la mano de Pablo y este no encendió el coche, acercando su rostro hasta los labios de él para besarlos.

El beso fue largo pero estático. Lucas estaba experimentando lo que se sentía al besar otro hombre, pero esta vez sin el alcohol de por medio. Era plenamente consciente y gracias a ello lo disfrutaba mejor. Pablo permitió que fuera Lucas quien dictara el ritmo a seguir.

De esta forma cuando fue este quien abrió sus labios para que el beso pasara a ser algo más que un tierno contacto y en cambio un

intercambio apasionado que demostraba cuanto se deseaban, Pablo aprovechó la oportunidad para sujetar el rostro de Lucas, e introducir su lengua dentro de su boca.

—Hace tanto tiempo que deseaba este beso —confesó Lucas cuando sus labios se separaron pero mantuvieron sus rostros próximos entre sí —. No pensé que me atrevería a buscarlo. Pero no me arrepiento de hacerlo.

—¿En serio lo deseabas? —preguntó Pablo sin ocultar su extrañeza—. Me cuesta creer que no que lo desearas, sino que lo aceptaras. Yo también lo deseaba, pero jamás me habría atrevido a buscarlo. Nunca falto a mis promesas.

—Por eso me atormentaba a diario sabiendo que era yo quien debía dar el primer paso —reconoció Lucas—. Aunque llegué a pensar que habías perdido todo interés en mí por la forma en que me tratabas. Ciertamente has cumplido tu promesa. Lo que ocurra a partir de ahora es culpa mía.

—¿Para qué hablar de culpas? —debatió Pablo acariciando el rostro de Lucas—. No nos sintamos culpables por nada de esto. No me gustaría que tú te sientas culpable. Honestamente ha sido extremadamente difícil resistir mis ganas de lanzarme contra ti y besarte.

>>Hace un rato cuando entraste en mi oficina y sonreíste por las cosas que dije sobre tu rendimiento laboral me habría gustado ser yo quien se pusiera de pie e ir a tu encuentro para abrazarte y luego besarte. Me encanta cuando sonríes. Me vuelve loco. Creo que hace mucho tiempo no sonreías y por eso al verte hacerlo me sentía tan alegre como excitado. Me gusta verte feliz.

Compartieron otro beso y la sonrisa de Lucas fue radiante, quizá complacido por las palabras que Pablo le dedicara.

—No es mi intención que esto interfiera en nuestra relación laboral —aclaró Lucas—. Desde hace varios días llevo pensando en lo incorrecto que es sentirme así. Y no se trata de la culpa por experimentar deseos por otros hombres. Tú has despertado algo en mí que me ha costado aceptar pero por lo cual no pretendo sentirme avergonzado.

—Nunca pensé escuchar esas palabras de tu parte —dijo Pablo—. Ni siquiera estoy seguro de estar preparado para escucharlas. De cierta forma me siento confrontado con sensaciones que yo mismo intenté negar. Y eso no es algo que yo diga a menudo.

>>Me convencí a mí mismo de que era improbable que sucediera algo entre nosotros de nuevo porque no faltaría a mi promesa y tú no estabas dispuesto a explorar esa parte de ti. Sobre todo me enloquecía

suponer que la exploraras con alguien que no fuera yo.

—No habría podido —terció Lucas—. Te deseo a ti.

La mano de Lucas descendió desde el rostro de Pablo hasta su entrepierna y con un movimiento seguro no se detuvo hasta sujetar entre sus manos el bulto de su pantalón bajo el cual se encontraba el miembro discretamente erecto.

Pablo puso su mano sobre la de Lucas y con ella la empujó con mayor fuerza, ejerciendo presión sobre su pene para que aumentara hasta que quedó erguido de una forma incómoda, aprisionado por el pantalón, como si no viera la hora en que debía salir al aire libre.

Pablo y Lucas se vieron fijamente a los ojos, para comprobar hasta que punto la correspondencia de sus deseos era mutua. Era evidente en sus miradas que se deseaban con locura, que estaban esperando por un momento como aquel desde hace mucho tiempo, y ahora que al fin lo experimentaban se tomaban tiempo para determinar cual era el siguiente paso a seguir.

El estacionamiento no era un lugar seguro y tras darle un largo beso, Pablo separó las manos de Lucas y las puso sobre su muslo para luego situarlas suyas sobre el volante.

—En este lugar estamos expuestos —refirió Pablo—. Aunque los vidrios del coche son entintados considero que quizá debamos ir a un lugar más discreto. ¿O te pone el riesgo de que nos encuentren?

En lugar de responderle, Lucas evitó que Pablo encendiera el coche. En efecto a Lucas le excitaba la idea de continuar con lo que estaban haciendo sin trasladarse. Estar allí, encerrados, alimentaba el anhelo y la proximidad parecía mucho más comparado con estar en algún lugar abierto como la oficina o una habitación.

Lucas presionó con redoblada fuerza el paquete bajo su pantalón y con presteza bajó la cremallera, jalando el pantalón para permitir que el pene de Pablo se asomara fuera. Estas acciones consiguieron el efecto de que Pablo pusiera en suspenso sus medidas de precaución y dejara que Lucas tomara el control. Si él quería seguir en el coche, ¿por qué contradecirlo?

Aprovechando su poder, Lucas extrajo el pene de Pablo y lo tomó entre sus manos, admirando su tamaño y textura. Ahora estaba lúcido y en sus cabales para apreciar como era debido la dotación de Pablo. Nunca antes un pene le había parecido apetecible. O al menos no se había detenido a considerar la idea de que un pene, además del suyo propio, mereciera su atención.

Pero desde que tuvo la oportunidad de tocar el pene de Pablo no

desapareció su deseo de tomarlo de nuevo con mayor concentración y detenimiento. Lucas deseaba poseerlo y probarlo. Por eso sin perder tiempo acercó sus labios para besar la abultada cabeza del miembro erecto, mientras Pablo respiraba con fuerza ante este roce tierno y sexy.

—¡Lucas! —gimió Pablo al sentir que los labios de este se cerraban en torno a la cabeza de su miembro—. Espero que lo disfrutes tanto como yo.

No hacía falta una respuesta, sino demostrar con acciones cuanto le gustaba. Lucas pareció verdaderamente complacido porque no se limitó a lamer el pene de pablo desde la cabeza hasta su base, como si fuera una paleta de helado, sino que también lo introdujo por completo de su boca, como quien devora un exquisito dulce de un solo bocado.

Era la primera vez que introducía un pene dentro de su boca, pero actuó conforme a su propio instinto, considerando lo que a él le gustaba del sexo oral. De cierta manera al hacérselo a Pablo, pensaba en como le gustaba que se lo hiciera a él y por esa razón resolvió con maestría la situación, logrando que Pablo se encorvara en su asiento.

—Me harás acabar —anunció Pablo—. Detente.

Al escuchar esta advertencia Lucas se apartó del pene de Pablo y con una sonrisa pícara negó con su cabeza.

—Y no queremos que eso pase —bromeó Lucas—. No todavía.

Lucas no dejó de presionar la erección de Pablo, aunque ya no la saboreara, y contempló el pene de Pablo con mayor atención, asimilando el hecho de que acaba de introducirlo dentro de su boca.

—Sabes hacerlo muy bien —alabó Pablo—. Pero me gustaría experimentar otras cosas contigo primero.

Esta vez fue Pablo quien tomó la delantera, reclamando la autoridad que hasta el momento ostentaba Lucas. Para ello apartó la mano de Lucas lejos de su entrepierna y apretó una palanca para que el asiento de este se impulsara hacia atrás.

Pablo bajó el pantalón de Lucas y descubrió que su polla enhiesta mantenía una erección tan prolongada como la suya. Le agradó descubrir que el placer manifestado por Lucas era visible. Pablo sostuvo la polla de Lucas entre sus manos y haló el prepucio hasta la base para dejarla completamente al descubierto. Seguidamente agachó su cabeza para llevarla hasta su boca y descender por la extensión del tronco hasta llegar hasta su base.

—Ponte de lado —pidió Pablo con dulzura al apartarse del pene

erecto de Lucas—. De espaldas a mí.

Por un momento Lucas dudó a la hora de obedecer esta orden, pero su excitación superaba cualquier miedo que pudiera albergar en aquel instante. Deseaba tanto a Pablo que incluso el temor que abrigaba ante la perspectiva de ser penetrado por otro hombre no era lo suficientemente fuerte para oponer resistencia.

Su curiosidad en ese sentido también jugaba a favor de no resistirse. Si alguna vez iba a experimentar una situación como aquella prefería que fuera en manos de alguien como Pablo, quien no querría hacerle daño y se conduciría con tacto evitando que se sintiera incómodo.

La duda no duró demasiado y Lucas obedeció la petición de Pablo, quien al tenerlo de espaldas bajó el resto de su ropa interior para apreciar sus nalgas. Era la primera vez que contemplaba las nalgas desnudas de Lucas y sus expectativas fueron bien recompensadas luego de que tuviera que conformarse durante semanas con la visión de sus pantalones demarcando lo que parecían ser unas nalgas bien proporcionadas.

Y en efecto lo eran, tan maleables como firmes, el tipo de nalgas que querías apretujar entre tus manos sin ganas de soltarlas. Pablo puso ambas manos sobre ellas para comprobar las proporciones. Al apretarlas Lucas resopló, acercándolas aún más en dirección a Pablo para darle a entender que le gustaba lo que estaba haciendo con ellas.

Algo que agradecía Pablo y que incrementó su interés en las nalgas de Lucas era el hecho de que su cuerpo fuera lampiño. Tras relamerse los labios, Pablo bajó su rostro en dirección a las nalgas de Lucas para mordisquearlas. La carne era blanda entre sus dientes y Lucas no pudo evitar soltar un resoplido corto al sentir estos mordiscos.

Pablo los hacía con suficiente delicadeza para que no fueran dolorosos, pero con bastante firmeza para no dejarlo indiferente. Sin embargo, no se limitó a los mordiscos porque su deseo era seguir adentrándose, explorar aquella cavidad virgen con su lengua para prepararla ante cualquier eventual embestida a su cargo.

De este modo, lamió las nalgas con su lengua en torno a su redondez y aterrizó en la abertura entre ambas donde la recorrió con su lengua. Lucas temblaba de placer al descubrir sensaciones desconocidas para él y las cuales esperaba seguir explorando.

—Esto me gusta, Pablo —gimió Lucas—. Tú me gustas.

—Y tú me gustas a mí —replicó Pablo apartándose por un momento de las nalgas de Lucas—. Y me gustan tus nalgas. Quiero devorarlas, habitarlas, poseerlas. ¿Te molestaría si lo hiciera?

—No me molestaría —respondió Lucas—. Ayúdame a redescubrir el sexo.

Con su característica sonrisa, Pablo volvió a hundir su rostro entre las nalgas de Lucas. Esta vez introdujo su lengua dentro de la abertura y sorbió con fuerza, para luego dar un mordisco. Lucas se percibía expandido, como si se elevara por encima de sí mismo presa de un placer que jamás habría concebido de no estarlo sintiendo.

No quería que Pablo se detuviera, anhelando que su lengua tuviera mayor alcance porque cada vez que entraba era como si su cuerpo se abriera cada vez un poco más al verdadero placer, ese placer que durante años temió, ese placer que muchos hombres como él tratan de evitar aunque sospechan que existe, ese temor a dejar que el ano se convierta en un centro de placer.

Sin embargo, ahora Lucas comprendía mejor que este no era un miedo infundado. Los hombres temen la perspectiva de que sus anos sean penetrados porque comprenden que se produce allí un placer tal que luego es inevitable no querer volver a experimentarlo como si fuera una adicción.

Pablo no dejó de horadar a Lucas con su lengua, penetrando su abertura como un abreboca de lo que ocurriría si lo penetrara con su miembro erecto. A medida que lo hacía su erección era aún mayor, pero en lugar de tocársela prefería sujetar el pene erecto de Lucas y masturbarlo.

Este no dejaba de gemir y cada vez que Pablo sentía que podría venirse entre sus manos lo soltaba para que aguantara. Prefería reservar ese momento de deleite para el momento en que entrara en él por completo.

—Quiero entrar dentro de ti —declaró Pablo—. Pero no estoy seguro de que lo quieras realmente. No quiero hacer nada que tú no desees, aunque yo mismo me sienta incapaz de controlarme.

—Te equivocas si piensas que yo no lo quiero —dijo Lucas tras exhalar un suspiro—. Ya hemos llegado hasta aquí. Te deseo y al desearte estoy dispuesto a llegar tan lejos como tú quieras llegar. No tienes que pedir permiso. Solo hazlo.

Esas palabras bastaban y la excitación de Pablo no aguantaba otro segundo más sin buscar un lugar donde aplacara. Ese lugar estaba allí a su alcance, entre las nalgas de Lucas. Se acomodó como pudo dentro del reducido espacio del coche e introdujo su pene erecto. La primera vez que entró, Lucas no pudo reprimir un gemido cargado de dolor.

Era muy grande y grueso, pero aguantó la embestida. Se concentró en el placer de saber que el hombre al cual deseaba estaba dentro de él,

como si lo acunara, como si fuera realmente suyo, o mejor aún como si fuera una extensión de sí mismo. Las subsiguientes embestidas las aguantó con mejor disposición y poco a poco su ano comenzó a relajarse hasta que empezó a explorar las posibilidades infinitas del placer.

Pablo entraba y salía variando el ritmo. Lucas se dejaba llevar hasta que consiguió corresponder los movimientos de Pablo en consonancia con los suyos. Apretaba sus nalgas cada vez que el pene entraba por completo, lo retenía dentro de él tanto como podía, aprisionándolo y cuando lo soltaba para que este saliera exhalaba un gemido de disfrute absoluto.

Esto era muy distinto al sexo con una mujer. Era un contacto mucho más violento y rudo, pero al mismo tiempo ofrecía una complicidad mucho más sólida. No hacían falta palabras o instrucciones. No había lugar para los malos entendidos. Lucas veía que el sexo con otro hombre era una ocasión transparente y directa en sus objetivos donde nadie quedaba insatisfecho, ni reclamaría luego no haber sido atendido lo suficiente.

La penetración continua por parte de Pablo incrementó su ritmo, a lo cual Lucas correspondió apretujando con mayor fuerza sus nalgas cada vez que el pene de Pablo lo horadaba. Estaba exhausto pero al mismo quería que el contacto se prolongara más tiempo, hasta que sintió que su placer se desbordaba hacia límites inaguantables.

A medida que transcurría la penetración, Lucas se masturbaba pero en un momento el placer que experimentaba era tal que no necesitaba tocar su pene para que este respondiera. De este modo dejó de tocarse para ver como el semen era eyaculado por sí solo sin necesidad de manipular su miembro.

Estaba tan excitado por la penetración que simplemente acabó de la forma en que los hombres eyaculan cuando sueñan con una fantasía sexual irrealizable. No tardó en llenarse de semen parte de su abdomen así como el asiento en el que se encontraba, mientras que segundos más tarde era Pablo quien descargaba todo el contenido de su deseo dentro de Lucas.

—Este ha sido el mejor almuerzo que he probado —refirió Pablo separándose lentamente de Lucas—. Ha sido provechoso.

Exhausto Lucas se acomodó para no darle la espalda a Pablo mientras se colocaba de nuevo el pantalón, sintiendo como su ano chorreaba el semen de su jefe. Sin embargo, no le resultaba repulsivo. Más bien se le antojaba excitante dicha humedad. Con la respiración acelerada Pablo observaba a Lucas mientras se acomodaba sus pantalones.

Una vez abrochados extendió su mano para posar sus dedos sobre los labios de él. Se miraron embelesados durante un largo rato, sin que el silencio fuera opresivo o demasiado largo para ellos como para querer interrumpirlo. Se contentaban con verse desde el silencio.

El tiempo quedaba suspendido e incluso sus respectiva obligaciones parecían menos importante luego de haber comprobado la magnitud de la correspondencia que los hizo acercarse de esa forma tan personal.

—Jamás habría imaginado que esto me ocurriría —declaró Lucas—. No creí que un hombre pudiera conectarse con otro de esta forma.

—La primera vez es siempre un gran descubrimiento —recordó Pablo —. Implica redescubrir tu masculinidad y comprender que has estado abrigando un miedo innecesario. Pero no todos suelen ser tan receptivos con ese descubrimiento. Hay quienes prefieren retroceder ante la revelación y fingir luego que no ha ocurrido.

>>Durante un tiempo se engañan con éxito. Pero la necesidad que se ha despertado a razón de eso sigue en el fondo, esperando una nueva oportunidad de ser satisfecha. Y tarde o temprano se vuelve a caer en la tentación. Asumirlo y no dejar que la culpa se convierta en un obstáculo te permite disfrutarlo como es debido. Me alegra saber que no parezcas arrepentido. Personalmente yo no me arrepiento ni remotamente. Más bien lo agradezco.

—Estar contigo me ha ayudado a entenderme mejor —correspondió Lucas—. Admito que al principio tenía mucho miedo de lo que tú me inspirabas, lo que en mí provocabas cada vez que te tenía al frente. Algunas noches soñé contigo despertando luego empapado en sudor y con unas inmensas ganas de tenerte al lado en mi cama.

>>Fueron esas las mismas noches en que refrené mis impulsos para escribirte diciéndote cuanto te necesitaba. Y ahora que he estado contigo sigo necesitándote. Comprendo que mi inexperiencia en este campo del sexo ha de resultarte a lo sumo enternecedora y que has tenido mejores encuentros con otros hombres pero para mí ha sido la mejor experiencia sexual de mi vida teniendo en cuenta incluso mi vida heterosexual.

—Para mí también ha sido un momento especial —destacó Pablo—. El hecho de haber tenido un número mayor de experiencias con otros hombres eso no reduce el impacto que has tenido. Al contrario, lo aprecio aún más.

>>Lo que más me complace es que no se convierta en un hecho traumático y vergonzoso para ti. Ese siempre fue mi mayor temor, que a la par con tu deseo también alimentaras un odio hacia mi persona

por considerarme el responsable de esos sentimientos que preferirías exterminar.

—Así me sentía al principio —admitió Lucas—. Sin embargo, al relacionarme contigo en la oficina me resultaba imposible rechazar lo que provocabas en mí. ¿Y ahora que haremos?

—Es una pregunta crucial —reflexionó Pablo—. ¿Qué quieres tú? ¿Preferirías que actuáramos en lo sucesivo como si no hubiera ocurrido? ¿Tienes miedo de que esto interfiera en nuestros trabajos?

—Entiendo que debemos hacernos esas preguntas pero tengo miedo de las respuestas— cuestionó Lucas—. Es muy probable que yo quiera algo que no vaya en conformidad con tus planes. Pero también tengo miedo de ser excesivamente prudente y perderte.

—Entonces no tengas miedo de decir lo que sientes, sin importar lo que sea —recomendó Pablo—. Ya bien sabes de que manera aquello que callas te perseguirá luego mañana. ¿Tienes miedo de que yo contradiga lo que sientes? No te restrinjas. No te reprimas por lo que crees anticipar. Si tú eres honesto, yo también lo seré contigo.

El brillo reflejado en la mirada de Pablo bastaba para brindarle a Lucas una sensación de calma y bienestar capaz de inspirar su confianza, así como de espantar el miedo a quedarse callado.

En su interior habían incontables emociones que todavía no lograba descifrar por completo, y por cada una de esas sensaciones surgían dudas y preguntas que no conducían a una resolución. Por lo tanto, confrontado por otra persona para dar una respuesta, a Lucas se extrañó consigo mismo al comprender la seguridad que lo invadió a la hora de responder.

—Quiero que no dejemos de tener este tipo de contactos —refirió Lucas—. Supongo que en ese apartado estarás de acuerdo en aceptar. Pero temo que no me conformaré solo con el sexo. Creo que me gustas mucho. Quiero conocerte mejor.

>>Me agradaría tener una oportunidad de ocupar un espacio en tu vida fuera de nuestra relación laboral e incluso por encima del sexo. Quizá es la soledad y la depresión tras mi divorcio la que me hace hablar de esta forma, rogando por un poco de ternura. Pero sí la pregunta que haces es reconocer lo que quiero de ti, entonces la respuesta es que te quiero a ti por completo.

—No eres el único que se siente solo —interpuso Pablo—. A menudo me siento deprimido, como si algo me faltara. Desde te conozco ha sido inevitable no alimentar algunas expectativas que intentaba acallar. Ahora, en este preciso instante, es como si esa sensación de falta hubiera desaparecido.

—¿Qué haremos entonces? —insistió Lucas—. ¿En qué nos convertiremos?

Antes de darle una respuesta, Pablo le dio a Lucas un beso intempestivo y apasionado.

—Ya somos algo, ¿no lo ves? —respondió Lucas—. Estamos intentándolo.

Capítulo 5

Las relaciones de pareja son una serie de intentos que se coordinan entre dos personas, quienes tratan de igualar sus fuerzas procurando que se reduzca el constante riesgo inherente a un desequilibrio.

Cuando se trata de iniciar una nueva relación luego de haber salido de otra particularmente dolorosa la cautela es aún mayor. Para Lucas era un territorio completamente nuevo y distinto salir con otro hombre en calidad de pareja. Por su parte, para Pablo resultaba un reto invertir su disposición a estar con una pareja más allá del sexo casual.

Habían logrado que su relación no interfiriera en la oficina, de tal modo que nadie sospechaba lo que sucedía entre ellos. Se trataban con suma cordialidad y jamás se les veía juntos fuera de la oficina, como si cada quien llevara sus vidas indiferentes a lo que sucedía luego de cumplir la jornada de trabajo, al igual que el resto.

Lo que no sabían en la oficina era que cuando abandonaban sus lugares de trabajo y tanto Pablo como Lucas abordaban sus respectivos coches, se reencontraban luego en la casa de alguno. Por lo general iban a casa de Lucas, ya que habían muchos arreglos por hacer y juntos trabajaban con el objetivo de remodelarla gracias al fruto de sus esfuerzos compartidos.

Ya sea que pintaran una pared o arreglaran una tubería, Lucas se sentía tan perplejo como maravillado de que se pudiera tener una relación tan íntima como aquella donde la fraternidad masculina se complementaba con la apertura al sexo. Era una relación completamente distinta comparada con sus años de matrimonio junto a una mujer.

Quizá se debiera a una diferencia sustancial frente a las relaciones heterosexuales y los roles de género, o porque simplemente a su esposa no le importaba realmente comprenderlo y contribuir a fortalecer la relación a través de actividades que pudieran disfrutar juntos, pero convivir con Pablo de aquel modo le hizo replantearse si no estuvo perdiendo su tiempo.

O quizá, y esta idea le resultaba mucho más esperanzadora, todo el tiempo aparentemente perdido había servido como preparación para llegar a ese punto y así permitirse una relación tan inusual como aquella. Una relación que no habría creído posible meses atrás pero de la cual no prescindiría en lo sucesivo si dependía de sus deseos.

Sin embargo, Pablo también estaba descubriendo un vínculo con otro hombre que no sucedía tan a menudo en su vida. Le gustaba la presencia de Lucas en su vida incluso después de que sus cuerpos

desnudos se apartaban.

Añoraba la presencia de Lucas cuando no estaba a su lado. Y cada noche antes de dormir, si es que no dormía junto a él, necesitaba al menos escuchar su voz para despedirse con la promesa de que sería la primera voz que anhelaba escuchar al día siguiente.

A pesar de esa compenetración que no hacía sino aumentar con los días, todavía existían miedos y reservas individuales que no se atrevían a expresar. Lucas temía que Pablo se aburriera de él y buscara otros hombres que le ofrecieran el tipo de experiencias arriesgadas que tanto le satisfacían, y que de cierta forma fueron las que permitieron el primer contacto entre ellos. A su vez, para Pablo estaba el eterno miedo a comprometerse demasiado y arriesgar su libertad. Estando con Lucas no deseaba estar con más nadie, lo cual era algo que hace mucho tiempo no le sucedía junto a otra persona, pero por esa misma razón no quería ilusionarse excesivamente para que luego Lucas declarara que su acercamiento homosexual con él representaba una fase pasajera.

Para Pablo no era un secreto que Lucas seguía amando a su ex-esposa porque todavía le dolía la ruptura entre ellos. No hacía falta que la nombrara, ni que maldijera sobre su nombre, como solía suceder hasta que dejó de hacerlo al darse cuenta de la incomodidad que manifestaba Pablo al respecto.

En su rostro se reflejaba la nostalgia cuando veía a parejas de esposos compartiendo manifestaciones de cariño, esas que ellos solo se permitían prodigarse en los espacios privados y comunes que estaban bajo su control. También lo había descubierto espiando las redes sociales de ella, para comprobar la magnitud de su actual felicidad esa que a él le dolía tanto.

Y finalmente estaba el hecho de que cuando Lucas contaba anécdotas sobre su pasado fingía que la relación con su esposa jamás había ocurrido, como si temiera hablar sobre ella para evitar las acusaciones de Pablo por no haber superado el dolor.

Pablo no quería que Lucas siguiera sufriendo por unos años de infelicidad que estaban siendo compensados por meses de dicha. ¿Acaso esta nueva felicidad no era suficiente para ayudarlo olvidar? Y si no era suficiente, entonces ¿qué podría serlo?

Pablo trataba de no pensar en ello, pero siempre se le aparecía una respuesta: cabía la posibilidad, no tan remota, de que tarde o temprano Lucas querría intentarlo de nuevo con otra mujer. Y si esto ocurría, si antes de que eso sucediera Pablo se había involucrado emocionalmente hasta el punto de que Lucas le era vital, ¿cómo

soportaría perderlo?

En ese sentido, si bien no parecía plausible que Lucas regresara con su exposa; la cual ya estaba organizando los preparativos de su boda, Pablo no se atrevía a decirle a Lucas cuánto había conseguido enamorarse de él, ni mucho menos reconocer que lo amaba.

Una parte de él esperaba que fuera Lucas quien lo confesara primero, así como había sido él quien propuso que comenzaran a tener una relación de pareja. No obstante, aunque brillo especial iluminaba a Lucas cada vez que estaba a solas con Pablo, todavía no se había atrevido a dar el paso esencial de declarar por completo su amor incondicional.

—Me gusta tu perfil cuando te quedas quieto —admiró Lucas acostado en la cama al lado de Pablo—. No querría abandonar esta cama en lo que resta del día.

Estaban en la casa de Lucas y precisamente Pablo se había quedado pensativo, reflexionando sobre los miedos e inquietudes generados por su relación. Sin embargo cuando escuchaba a Lucas manifestar su ternura en cumplidos que denotaban lo cómodo y feliz que se sentía estando a su lado, se disipaba gran parte de la nube negra que invadía sus pensamientos; aunque estos no desaparecían por completo y aguardaban por el siguiente instante de silencio e introspección para reaparecer con mayor fuerza.

—No me molestan los silencios a tu lado —manifestó Pablo—. Quizá por eso es que nos sentimos tan bien estando juntos.

—Me acabo de dar cuenta que hoy cumplimos seis meses juntos —apuntó Pablo—. Sé que no acostumbramos a celebrar este tipo de cosas, pero no he podido evitar llevar la cuenta.

—Sabes que no tengo cabeza para las fechas —bromeó Pablo—. Pero celebro esos seis meses y los próximos que vendrán. Pero me da curiosidad saber cuál es el punto de partida para contarlos.

—El día que estuvimos juntos en tu coche —respondió Lucas—. Sin ludar a dudas lo nuestro comenzó mucho antes desde que entré a aquel bar y tú decidiste hablarme, pero fue ese el día en que nos entregamos el uno al otro para estar juntos.

Enternecido por la respuesta, Pablo se incorporó en la cama para besar a Lucas. Ambos estaban desnudos, tal como les gustaba dormir ya que en el medio de la noche solían despertarse con la avidez de poseerse mutuamente. Siguieron besándose un largo y ya comenzaban a prodigarse caricias. Pablo bajaba su mano hasta la entrepierna de Lucas y sostenía el pene erecto entre sus manos.

—Ahora te toca a ti —indicó Pablo—. Ven y llename de ti.

Ante tal petición Lucas se sintió animado a tomar el control, así que con un gesto firme empujó a Pablo para ponerlo de espaldas y colocarse detrás de él. Este alzó su trasero semiarrodillado en la cama y apoyándose en sus codos. Lucas admiró la visión prodigiosa de las nalgas firmes y robustas de su pareja. Le gustaba su textura así como el bronceado que las coloreaba.

A Pablo le gustaba ir a playas nudistas porque no toleraba la idea de que su cuerpo no se bronceara en su totalidad. Gracias a ello el color de su piel era uniforme y sus nalgas realzaban su gran atractivo.

Lucas las contemplaba mientras las sopesaba entre sus manos y se sintió obligado a mordisquearlas, a la vez que su erección no dejaba de aumentar. Introdujo su lengua dentro del orificio anal para estimularlo extendiendo su mano bajo las piernas de Pablo para masturbarlo.

—Te quiero muy adentro —gimió Pablo—. Sigue así.

Preparado para entrar, Lucas extrajo un condón y se lo acomodó con presteza para seguidamente introducir su miembro erecto. Lo hizo con rudeza tal como a Pablo le gustaba y tras escuchar su gimoteo de placer supo que estaba haciendo lo que él anhelaba.

Lucas lo embistió con brusquedad comprobando como Pablo se retorcía de placer, aprisionando su pene entre las nalgas y luego relajándolas ligeramente para permitirle salir con la condición de que volviera a introducirse cuanto antes.

—¡Oh, Dios! —suspiró Lucas—. Ya me vengo.

La eyaculación de Pablo salió disparada, mientras Lucas lanzó un último suspiro como indicativo de que también terminó. Habían logrado esa conexión perfecta en el sexo según la cual sus ritmos iban acompasados al unísono y acababan en tiempos semejantes.

—¡Salud por esos seis meses! —exclamó Pablo bromista cuando cayeron rendidos en lados opuestos de la cama—. Ha sido estupendo.

Cuando recuperaron la respiración se pusieron de lado el uno frente al otro para observarse largamente. Les gustaba hacer estos cada vez que hacían el amor para sonreírse y evaluar sus rostros como si fuera la primera vez que lo vieran.

Eran dos rostros enamorados que orbitaban entre sí con el deseo constante de aproximarse y alcanzar un punto de colisión. De este modo, sus rostros nuevamente se acercaban para unir sus respectivos labios cuando sonó el timbre de la casa, interrumpiendo el beso antes de que sucediera.

Al principio se miraron extrañados, creyendo que alucinaron el sonido. Debía tratarse de un error porque si Pablo estaba a su lado, ¿quién podría estar tocando a su puerta? No había nadie en aquel pueblo que pudiera visitarlo a excepción de Pablo.

Lucas no dejaba de ser el hombre solitario y un poco huraño que siempre había sido. Ni siquiera el resto de sus compañeros de trabajo sabían a ciencia cierta la locación de su residencia porque no había establecido una relación lo suficientemente cercana para entablar una amistad.

—¿Quién será? —preguntó Lucas perplejo—. No conozco a nadie aquí que sepa donde vivo.

—Me conoces a mí —dijo Pablo jocoso—. Sí, es extraño. Debe ser algún vendedor ambulante o el predicador de alguna religión estúpida. Esperemos a que se canse y se vaya.

Sin embargo, el timbre volvió a sonar con insistencia. Bien se tratara de algún error o alguien interesado en ser atendido en ese lugar no parecía tener planes de moverse hasta recibir una respuesta. A juzgar por el coche estacionado en el garaje la persona en cuestión habrá supuesto enseguida de que eran las altas las probabilidades de que alguien estuviera allí dentro de la casa.

—Quizá deba abrir —se excusó Lucas—. Si es un error lo sabremos enseguida o si es un vendedor buscaré la forma de espantarlo. Pero así nos evitamos la molestia de seguir escuchando que nos llaman.

—Me parece sensato —refirió Pablo—. Yo te acompaño abajo.

Sin darle tiempo a responder Pablo se puso una bata en torno a su cuerpo, mientras que Lucas se vistió con su ropa de dormir. Se sentía algo nervioso respecto a la idea de abrir la puerta de su casa y ofrecer una imagen de evidente intimidad entre ellos dos frente a alguien ajeno.

Pero se cuidó de manifestar abiertamente este sentimiento temiendo que Pablo pudiera reaccionar triste u ofendido. A Lucas no le avergonzaba su relación con Pablo, pero no estaba completamente preparado para exponerse al mundo como un hombre homosexual.

Juntos bajaron las escaleras hasta el primer piso, cuando escucharon que el timbre sonó una vez más. Exasperado Lucas llegó primero a la puerta y la abrió con el ceño fruncido, molesto por el fastidioso ruido que interrumpió la paz de su tarde junto a Pablo. Cuando abrió la puerta sus sentidos tardaron en reaccionar ante la presencia allí apostada.

No le daba crédito a sus ojos al momento de reconocerla. ¡Era su

esposa Claudia! Pablo no tardó en alcanzarlo y se puso detrás de él con la bata abierta de par en par solo llevando la ropa interior debajo de esta. Cuando ella vio que detrás de su esposo aparecía este hombre semidesnudo se quedó impávido, mirándolos alternativamente a ambos y esperando una explicación.

A Lucas lo invadió una rabia inmensa acompañada de un nerviosismo ante el hecho de que su sexualidad quedara expuesta frente a la mujer que odiaba, la culpable de que su vida hubiera cambiado tan radicalmente.

¿Qué hacía allí? Se mudó de ciudad para alejarse de todo lo que le recordaba a ella y era la última persona con la que esperaba encontrarse. Una vez más interrumpía la armonía de su vida presente para llenarla de caos y tristeza.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Lucas sin ocultar su molestia ni haciendo amago alguno para dejarla entrar—. No entiendo tu presencia en mi casa. Tampoco quiero entenderlo.

Claudia no dejaba de ver a Pablo quien puso una mano en el hombro de Lucas como un gesto para calmarlo. Sus sospechas se transformaron en certezas y comprendió que ambos hombres eran amantes.

No cabía en ella la posibilidad de que su exesposo fuera gay y estaba tan sorprendida que no reparó en la amargura con que era recibida, o mejor la ira que demostraba que no había lugar allí para ella porque no era bienvenida.

—No comprendo, Lucas —soltó Claudia—. Ahora eres gay. No tenías que llegar a esos extremos.

—¡Esto no puede estar pasando! —dijo Lucas tras un bufido—. ¿Eso es tu problema? Ya nada de lo que me ocurra es de tu incumbencia. Tú eres quien me abandonó.

—¿Acaso no me amabas? —inquirió Claudia—. Todo este tiempo me engañabas y no eras un verdadero hombre.

—Sea un poco más respetuosa, señorita —intervino Pablo—. Lo ocurrido entre Lucas y yo no es su problema, pero puedo asegurarle que nunca la engañó. Esto es tan nuevo para él como para usted lo ha sido el descubrirlo.

—No le des explicaciones —repuso Lucas—. No se las merece. Ella no debería estar aquí, sino con su nuevo esposo.

—No nos casaremos —explicó Claudia—. Me di cuenta de que te sigo amando y no quiero perderte.

Lucas escrutó el rostro de Claudia y todas sus expresiones resultaban tan deshonestas como el tono monótono de sus palabras. Esta

declaración desfasada incrementó su rabia.

—¡Eres una mentirosa! —acusó Lucas—. Seguramente él te abandonó y te has quedado sola. Y como no soportas estarlo has creído que era una buena idea volver conmigo, creyendo que te aceptaré con los brazos abiertos. Y sí, Claudia, yo te amaba.

>>Te amé como nunca antes había amado a nadie. Pasé contigo algunos de los mejores momentos de mi vida y también muchos de los peores. Ahora todo eso ha quedado atrás. Todavía hay sentimientos que no he superado. Quizá hay partes de mí que te aman. Si te odio es porque una parte de mí no ha dejado de amarte. Y tampoco me siento capaz de perdonarte. No quiero ni puedo hacerlo. Pero de algo estoy seguro: no quiero volver contigo.

—No miento —insistió Claudia—. Sí, lo mío con aquel hombre se acabó pero eso me hizo comprender la situación desde una nueva perspectiva. Fui injusta contigo y con nuestro matrimonio. Cometí errores que para ti deben ser imperdonables. Pero solo yo te conozco como ningún otro lo hará. Además, ¿qué clase de vida es la que esperas tener? ¿Pretendes vivir con otro hombre? ¿Eso no te avergüenza?

Al ver como el rostro de Lucas se iba enrojeciendo, Pablo intuyó que iba a explotar. Para prevenir que se lanzara contra ella o cometiera alguna acción de la cual luego se arrepintiera, Pablo se adelantó y lo tomó de la mano para apretarla.

Lucas no se zafó y la apretó en respuesta. Estaba sudada y agradeció el gesto. Claudia al ver esto puso un gesto de repulsión al cual Pablo correspondió con una sonrisa que hablaba por sí sola, dándole a entender que dentro de aquella ecuación ella era una variable fuera de lugar.

Lucas volteó para encontrarse con la mirada de Pablo y se sonrieron mutuamente. Seguidamente viró su rostro en dirección a su exesposa y le dijo:

—No, no me avergüenzo de lo que siento por él —declaró Lucas—. Lo amo. Y si eso significa algún problema para ti, no me importa en lo más mínimo.

—Yo también lo amo —apoyó Pablo—. Permítale rehacer su vida así como usted lo intentó. Si ha fracasado en lograrlo, ¿por qué ha venido hasta aquí para perturbar la paz de Lucas? Si de verdad lo ama debería apartarse y dejarnos ser felices.

—Eso es imposible —se quejó Claudia alterada e ignorando a Pablo—. Tú no eres gay. ¿No extrañas mi cuerpo? ¿No extrañas estar con otra mujer? Yo te daré algo que él jamás podrá darte. Además conmigo

podrás formar una familia. ¿O acaso quieres una vida miserable y pecaminosa?

En este punto Lucas se soltó de Pablo solo para poner ambas manos sobre su cabeza, exasperado por los reclamos de su ex-esposa. Le parecía increíble que siguiera insistiendo y que además se atreviera a insultarlos.

—Te exijo que nos respetes, Claudia —dijo Lucas tratando de calmarse —. Trato de ser lo más amable que puedo dadas las circunstancias de nuestra historia: déjame en paz y vete de aquí.

Claudia en lugar de responder comenzó a llorar y su cuerpo temblaba histéricamente mientras pronunciaba palabras inteligibles. Lucas y Pablo se miraron confundidos sin saber como reaccionar. Una parte de Lucas deseaba cerrarle la puerta en la cara y dejar que siguiera llorando sola hasta que comprendiera que debía irse.

Pero también la compadeció, especialmente considerando que estaba en el colapso producto de un ataque de nervios. El paroxismo de su reacción llegó hasta tal punto que cayó desmayada al suelo. Lucas y Pablo tuvieron que socorrerla para que no se desplomara, y la llevaron dentro de la casa.

La depositaron sobre un sofá en la sala y esperaron a que retomara la consciencia. Pasaron al menos diez minutos antes de que volviera en sí y reconociera su entorno. Al ver que Lucas y Pablo estaban de pie frente a ella, cayó en cuenta de que todo cuánto había visto y escuchado hace unos minutos no era un mal sueño, sino una realidad que aunque se le antojara insoportable no podría negar.

—Sigo sin poder creerlo —sollozó Claudia—. No quiero creérmelo.

Pablo tenía un vaso de agua en sus manos, mientras Lucas permanecía silencioso de brazos cruzados. Claudia finalmente accedió el ofrecimiento y tomó el vaso, bebiéndolo con largos sorbos hasta vaciarlo.

—¿Quieres otro? —preguntó Pablo—. ¿O necesitas un calmante?

A pesar de las extrañas circunstancias que los hacía coincidir a ambos en aquel lugar, Pablo se conducía con tacto y compasión. No había en sus palabras ni en sus gestos un asomo de burla. Esto la desarmó aún más mientras miraba a su alrededor la casa de la infancia de Lucas, esa que nunca había visitado mientras estuvieron casados.

—Estoy bien, gracias por preguntar —dijo Claudia—. Con que esta es la casa de tus padres. Nunca me trajiste. No pensé que la conocería de esta forma.

—Nunca manifestaste querer hacerlo —le recordó Lucas—. Cuando lo

propuse aseguraste que no había nada que quisieras menos que realizar un viaje tan largo para visitar un pueblo aburrido.

—Me arrepiento de muchas cosas de las que dije mientras estuvimos casados —reconoció Claudia—. Y sigo diciendo cosas que lamento. He sido una estúpida por llegar así de esta manera con llantos y reclamos. Me merezco todo el odio que sientes. Incluso merezco tu desprecio. He sido una tonta. Pensé que te alegrarías de volver a verme y todo quedaría perdonado.

>>Creía conocerte tan bien, creía que siempre estarías allí para mí en caso de emergencia, si las cosas no resultaban como querían en mi nueva vida. Ese fue uno de mis muchos errores. No debí arriesgarme a perderte dando por sentado que siempre te tendría sin importar cuanto nos apartáramos.

—Porque me subestimaste —completó Lucas—. Y, en efecto, no siempre estaría para ti. Ya no estoy para ti.

Lucas y Claudia compartieron una mirada triste. Pablo supo que lo mejor era apartarse, y darles un espacio para que hablaran. Sin embargo, cuando lo intentó Lucas lo tomó de la mano impidiéndole que se fuera.

Compartieron una sonrisa ante la cual Claudia asintió silenciosa ante la evidencia de que Lucas era feliz al lado de ese hombre y de que lo amaba. La sonrisa de Pablo también le demostraba de que este lo amaba en igual medida y estaba dispuesto a hacerlo feliz de la manera en que ella nunca pudo ni quiso.

—¿Alguna vez me amaste? —preguntó Claudia con un dejo de resignación—. Siempre creí estar segura de eso.

—Tus seguridades no fueron infundadas —correspondió Lucas—. En efecto, sí, te amé. Jamás voy a negarlo. Pero he seguido adelante con mi vida y tú ya no formas parte de ella. No pensé que tendría que darte esta explicación, considerando que fuiste tú quien primero siguió adelante con su vida a pesar de mí. Deberías saber muy bien lo que eso significa.

—¿Habrías seguido conmigo si yo no te hubiera abandonado? —inquirió Claudia tras una larga pausa durante la cual meditaba sus pensamientos encontrados—. ¿Nada de esto habría ocurrido?

—Es probable —aseguró Lucas—. Yo jamás te habría dejado. Y seguramente nunca habría descubierto que podría estar con otro hombre. A tu lado estaba dispuesto a seguir intentándolo. De eso se trata una relación, de superar dificultades juntos aunque no siempre estemos de acuerdo.

>>Pero ahora eso forma parte del pasado y de las conjeturas. Todas las posibles alternativas entre nosotros han expirado. Lo que hay es lo que alguna vez compartimos y ya nada de eso volverá a prosperar. Ahora intento una nueva relación con Pablo. Nos amamos, tal como escuchaste. Y eso nos basta para no rendirnos respecto al futuro.

Claudia se puso de pie ya mucho más tranquila que antes. Parecía más conforme con la situación aunque no la aceptara del todo. Lucas era honesto en sus palabras y ella pertenecía a un pasado que solo saboteaba su felicidad actual. Comprendía que estaba siendo injusta y ya había cometido muchas injusticias estando con él.

—Confieso que envidio tu felicidad —apuntó Claudia, poniéndose de pie dispuesta a irse—. Pero en el fondo me siento feliz por ella. Ojalá pudieras perdonarme.

Claudia caminó en dirección a la puerta y cuando alcanzó el umbral Lucas corrió hasta ella y la detuvo.

—Espera —le dijo Lucas para luego abrazarla—. Te perdono.

Los exesposos lloraron abrazados un largo rato. Pablo también enjugó sus lágrimas guardando una prudencial distancia. Era un momento íntimo dentro del cual no le correspondía participar. Le alegraba que Lucas tomara la resolución espontánea de reconciliarse con su pasado, porque entonces podría dedicarse plenamente al presente que compartían, ese que sí le incumbía a ambos.

Al separarse de Lucas, tras soltarse del abrazo, ella le dio la espalda, sintiendo que si volvía a virar su mirada en dirección a su exesposo se derrumbaría. Pablo y Lucas se tomaron de la mano viendo como ella abordaba su coche y se perdía en la carretera hasta desaparecer. Estaban nuevamente solos, juntos el uno para el otro, pero ahora conscientes de cuanto se amaban y eso era todo lo que deseaban.

NOTA DEL AUTOR

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo. Eso ayuda no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otra obra que creo será de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Haz click aquí

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

— Preview de "Romance Gay, Dijeron" —

Mientras beso su cuello, escucho sus gemidos y sé que no es suficiente, quiere llegar a más. La lanzo sobre la cama con suavidad, beso sus labios, toco sus senos por encima de su ropa y sus gemidos se intensifican; no me preocupo, estamos solos en su casa. Empiezo a desabrochar su blusa, beso su abdomen, ella abraza mi cabeza.

Bajo sus pantalones, ella se impacienta y comienza a quitarse la blusa y a quitarme la camiseta, no puede más: quiere que entre en ella. Al quitarle el sostén aparecen unas tetas grandes y unos pezones rojos endurecidos por la excitación. Me dispongo a succionarlos como un biberón, y ya no resiste, sus suspiros casi son gritos, se aferra con sus manos a mi espalda y me araña.

—¡Quiero que estés dentro de mí! —dice ella jadeando.

Volví a lanzarla y debo admitir que sea veía tremendamente sexy recostada con sus braguitas azules con puntos blancos. Me quité los vaqueros y los calzoncillos. Me puse delante de ella, bajé sus braguitas; ella jadeó de sorpresa. Abrí sus piernas y pude ver su coño, pequeño, rosado y húmedo. Pasé mi lengua tres veces y ella gritó de satisfacción y desesperación, no aguantaba más.

—Fóllame, por favor.

No dije nada. Me puse un condón, me coloqué encima de ella y cumplí lo que me pedía. Al entrar, ella gritó de placer y yo gemí.

—Más rápido, más rápido —me pedía, y cada palabra se interrumpía por el jadeo producido cuando la penetraba.

—¿Te gusta? —pregunté preocupado porque estuviera disfrutando.

Cuando iba a responder, sentí cómo me abrazó más fuerte, se retorció y se escuchó un grito de placer. Yo no me corría todavía. Ella tomó la iniciativa; me tumbó, me besó los labios y recorrió con besos cortos todo el camino hasta mi polla. Me quitó el condón y empezó a chupar. A los pocos minutos no podía más, gemía de placer y finalmente me corrí en su boca.

Ella se acostó a mi lado, la rodeé con mi brazo.

—Estuvo delicioso —afirmó y su respiración se sintió cansada—. Gracias Miguel.

—También lo ha estado para mí —dije con una sonrisa y besé su mejilla.

Sus padres llegarían en veinte minutos. Así que nos limpiamos, nos vestimos y me acompañó a la puerta. Me abrazó y me agradeció de nuevo por lo rico que había estado. Sonreí y me fui despidiéndome con la mano.

Decidí caminar sin rumbo fijo, pensando en lo que había pasado.

«Estuvo genial», y sí que lo había estado. Mariana es una tía muy guapa y súper maja. Rellenita, pero atractiva, y vaya mamada que me había hecho, eso no me lo esperaba. Más bien he sido lento con las relaciones; hoy he dejado de ser virgen y tengo 16 años. Desde hace dos años mis amigos no paran de contar cómo se han liado con sus novias o de cómo lo han hecho cuatro veces seguidas y no se cansan.

A mí me ha gustado más saber que ella lo disfrutó. Que sí, que ha estado muy rico correrme, pero falta algo. ¿Qué? Tiene buenas tetas y buen culo, sé que mis compañeros quisieran follársela, pero para estar con esos gilipollas, me alegra haber sido yo quien follara con ella. Ella es muy buena.

Tras esta última frase dejé de pensar en lo que había ocurrido, ya entendería lo que pasaba. Entré en un centro comercial y corrí hasta llegar a un baño. No me había arreglado bien, la polla me rozaba con la tela así que me la coloqué. Compré agua y noté la vibración de mi móvil. Era Diana, mi mejor amiga y contesté.

—¡Por fin habéis parado de follar! —dijo con su tono encantador y ruidoso de siempre—. ¿Cómo ha estado?

—No te diré ni una palabra sobre eso —dije entre risas.

—Venga, ¡ven a mi casa y me cuentas todo!

—Vale, pervertida —le respondí sonriendo y colgué.

Su casa estaba a unas tres calles de donde estaba y aprovechando el clima tan agradable que había, decidí seguir caminando.

A unos pocos metros de la casa de Diana, recibí un mensaje de Mariana. Me paré a revisar el móvil. Su mensaje decía «¡Gracias por lo de hoy, te quiero!», rodeado de corazones.

Le respondí que gracias a ella, guardé el teléfono y seguí hasta la casa de Diana. Pero después de leer el mensaje sentí algo raro en mí, una especie de remordimiento. Diana me esperaba fuera de su casa, debía estar impaciente por escuchar la historia erótica de su ya-no-virgen amigo.

—Miren quién ha llegado. Miguel, el tío más guarro que conozco —dijo riendo mientras me abraza.

—¡Fiel compañero de la chica más pervertida de la ciudad!

Reímos a carcajadas hasta llegar a su habitación. Cerró la puerta y de inmediato empezó a interrogarme. Me preguntó qué bragas usa, cómo se ve desnuda y si gimió. No aguantaba la risa y le contesté:

—¿Quieres saber cómo nos fue o quieres imaginártela en tus momentos íntimos?

Diana era lesbiana, lo había sido prácticamente desde siempre, y hacía dos años que me lo había confesado. Siempre la he admirado mucho por saber aceptarse a sí misma. Y con lo guapa que es nunca ha tenido problemas para ligarse a una chica.

—¡Venga! —exclamó y me empujó suavemente—. Aunque no sería mala idea… —dijo y volvió reír.

Le conté lo que hicimos desde que llegamos, incluyendo sus preguntas sobre cómo se veía. Le dije lo que le había hecho y lo que me había hecho. Y que ella parecía realmente feliz.

—Pero tú no pareces feliz, tío —intuyó con aire serio.

—Lo estoy —respondí, sorprendido por su conclusión—. Es solo que… —y no dije nada más.

Se quedó esperando, y al ver que no diría nada más, se puso delante de mí.

—Creo que tu problema es que quieres una buena polla —resolvió en tono serio—. Una enorme polla para besar y hacerle pajas —continuó hasta que no contuvo más la risa.

Yo me quedé frío porque no esperaba esa respuesta. Luego recordé que Diana siempre está de broma. Cogí una almohada de su cama y le pegué mientras reía.

—¿Es que no vas a aceptar tu destino? Pues vale —me dijo como si fuera un personaje de película medieval.

Cogió la otra almohada y terminamos en el suelo, uno a cada lado de la cama, descojonándonos de la risa.

Ya eran las seis de la tarde y recordé que debía ir a casa a ensayar con la guitarra. Le pedí agua y me acompañó hasta la puerta.

—Eh, Miguel, si no te gusta Mariana, déjamela a mí. ¡Tía tan maja y guapa! —Me dio un beso en la mejilla—. Que es en coña ¡ja, ja, ja! Cuídate amigo.

La abracé, le deseé buenas noches y caminé una manzana hasta la estación de metro. Me monté, conseguí un asiento y un chico de melena un poco larga y rizada se sentó a mi lado; leía un libro sobre música. Lo miré y le pregunté sobre el libro. Él me sonrió y me explicó que era un libro sobre la música en la Edad Media.

Hablamos mucho rato, hasta que me di cuenta de que faltaba una parada para bajarme.

—Tío, ha estado genial hablar contigo —le dije sinceramente—. Lo que me recuerda que nunca nos presentamos, soy Miguel —dije mientras tendía mi mano.

—Sí que lo ha estado. Soy Antonio —respondió estrechando mi mano y sonriendo.

Intercambiamos números y quedamos en volver a vernos pronto para seguir hablando de música. Anunciaron mi parada y yo me fui hasta mi casa sintiéndome diferente, feliz, sin entender por qué.

* * * *

Esa noche, Antonio siguió dos paradas más hasta llegar a su destino. Se bajó y continuó hasta su casa sintiéndose tan feliz y confundido como me sentía yo.

Llegó a su casa, entró en Facebook, me buscó y me encontró; al parecer él también conocía a Diana, pero no me agregó porque tenía miedo de parecer un acosador y de espantarme, por lo que tampoco se atrevió a enviarme un mensaje esa noche. Mientras, yo estaba en mi habitación esperando a que sonara mi móvil.

Quería hablar con él, su sonrisa sincera pero tímida y su forma de hablar suave e insegura me hacían sentir bien, pero al igual que Antonio, yo tampoco me atreví a escribirle esa noche.

Antonio tiene 18 años, un año más que yo. Está estudiando canto lírico en el conservatorio desde los 13 años y quiere dedicarse al canto cuando termine el instituto. Poco después descubriría lo bueno que es como músico, y confirmaría que es una maravillosa persona.

Pero, a pesar de su increíble talento como músico, Antonio es un tío demasiado inseguro. Nunca ha tenido novia y tampoco la ha buscado, no siente atracción por ninguna chica aunque lo haya intentado. Solo puede admirar su belleza como se admira una pintura.

Y esta inseguridad ha hecho que crezca rodeado de pocas personas en las que confía, sus compañeros de clase son unos capullos y en cuanto pueden, le dicen cualquier cosa para humillarlo por ser un «marica» y un «gilipollas».

Él siempre pasa de ellos, no le interesa ser amigo de esos estúpidos, pero no significa que no se sienta mal por ser tratado así, y la situación empeora por la excusa de ser gay. En efecto, Antonio es homosexual, pero ha estado tan reprimido y temeroso frente a sus sentimientos que nunca se ha atrevido a estar con un chico.

Después de ver mi perfil en Facebook y asumir que no sería capaz de agregarme esa noche, fue al chat y vio conectado a Santiago, su mejor amigo, la persona en la que más confía en el mundo.

—Tío, qué bueno que estás conectado, necesito hablar contigo —le escribió Antonio a Santiago, realmente aliviado.

—¡Hermano! ¿Qué pasa tío, cómo estás? —le preguntó Santiago preocupado, pues sabe bien que Antonio tiende a sentirse mal muy fácilmente.

—Es que iba en el metro y un tío que iba a mi lado se ha interesado por el libro que he cogido esta mañana de la biblioteca. Hemos hablado unos diez minutos y hemos cambiado nuestros números —le dijo con seguridad a Santiago, que era una persona libre de prejuicios. (Hace dos años que Antonio se atrevió a contarle que solamente ha llegado a sentirse atraído por chicos).

—¡Venga ya! Pero si eres un conquistador. ¿Te ha molado él, es guapo?

—Ja, ja, ja, joder pero qué cotilla que eres. Ese es el problema, creo que me ha molado pero seguro que es hetero. Quería escribirle pero no he tenido valor.

—Solo vas a descubrir si es hetero si hablas con él, ¡tampoco es que lo vayas a invitar a follar a la primera! Pero venga, respóndeme a la otra pregunta, ¿está bueno?

—¡Nunca he dicho que me lo quiera follar! Que si, que es muy guapo,

tiene el pelo largo recogido en una coleta, y además se veía fuerte. —Al recordar el aspecto que tenía sintió que su corazón se aceleraba un poco.

—Eres todo un romántico hermano. Venga, mañana vas a escribirle, y si es hetero, como mínimo podéis ser buenos amigos.

—Eres demasiado positivo. Gracias hermano —le dijo, realmente agradecido.

—No es para tanto. Vamos a dormir tío, que mañana tenemos clase a las siete.

—¡Joder casi lo olvido! Pero antes, no le digas a nadie lo que te he contado —le pidió Antonio, sabiendo que era una preocupación sin fundamentos.

—¿¡Es que acaso desconfías de mí!? Además no voy a renunciar al privilegio de ser la única persona en el mundo que conoce tus historias de amor ja, ja, ja. ¡Descansa hermano!

—¡Buenas noches!

Cerró el chat, pero decidió buscar mi perfil una vez más. Abrió mis fotos y las fue pasando hasta llegar a una donde estoy abrazando a Mariana. Nunca he sido una persona de subir muchas fotos ni de sentirme en la obligación de publicar únicamente fotos estando con mi novia, pero esa era una foto muy bonita y me gustaba tanto que la subí.

Y aunque la foto no decía mucho de mi relación con Mariana ni mucho menos de mi sexualidad –que, apenas ese día, ponía en duda-, Antonio se sintió triste, cuestionándose a sí mismo por ilusionarse tan pronto conmigo. Pobre Antonio, no se imaginaba que en ese instante yo estaba deseando hablar con él, y que me dedicase otra de esas sonrisas reconfortantes.

Antonio cerró su Facebook y puso en el reproductor una triste pieza de ópera para barítono y orquesta. Como la música es su escape, tiene una banda sonora para su vida y escucha distintos géneros operísticos según su estado de ánimo. Se desvistió hasta quedar en calzoncillos, se acostó boca arriba en su cama mirando al techo y escuchando la canción, intentando no pensar en nada, hasta que se quedó profundamente dormido.

Por mi parte, yo estuve tocando la guitarra; tenía que ensayar dos piezas de guitarra clásica. Aunque siempre me ha gustado más el rock, quería entrar a estudiar guitarra en el conservatorio, donde únicamente hay clases de guitarra clásica, y realmente quería tener una educación formal en la música, ya que siempre estudié por mi

cuenta a través de tutoriales de internet.

Después de un rato de escuchar las piezas e intentar reproducirlas, recordé que Antonio estaba leyendo sobre música, y se me ocurrió que seguramente estudie en el conservatorio. ¡Ya tenía una razón para tomar la iniciativa y escribirle! Incluso podríamos quedar para que me diera consejos y me ayudara a prepararme las pruebas de ingreso que serán en septiembre, dentro de cinco meses.

Guardé la guitarra, dejé sonando un disco de mi banda favorita y me acosté emocionado. «Mañana voy a hablar con él», me decía a mí mismo recordando su cara. Debo admitir que en ese momento sentí algo entre mis piernas, creo que me puse un poco cachondo pensando en él.

Entonces ya sabía que no esperaba solamente la amistad de Antonio, pero no lo sabía de manera consciente. Así que fui al baño, me lavé la cara y los dientes y volví a la cama. No recordaba que unas horas atrás había follado y había quedado hecho polvo. Dormí profundamente esa noche.

Romance Gay, Dijeron

Primera Vez y Reprimido, Libres

Ah, y…
¿has dejado ya una Review para este libro?
Gracias.